

La Edad del Desarrollo

Señoritas y muchachos en la selva que se acaba

Carlos Suárez Álvarez



LIBROS DEL MONO BLANCO

Segunda edición.

© Libros del Mono Blanco y Carlos Suárez Álvarez

ISBN: 9798353619642

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Diagramación: José Daza.

Fotografía de cubierta: El joven Omar Vegas Limas, vecino del pueblo de Vencedor, posa con un *buiso shino* 'mico negro' recién cazado.

*A Anitalia Pijachi,
que llenó mi corazón de amor
mientras escribía La Edad del Desarrollo.*

Índice

I. La parte principal.	11
II. El Mundialito.	22
III. El pescador que aprendió a sacar muelas (y su nieto)	69
IV. Hay que ser profesional	106
<i>Sinécdoque.</i>	147
V. El investigador que padecía ansiedad.	150
VI. Un robo absurdo y una investigación surrealista.	169
VII. “Muchísima plata tienen”	200
VIII. Haraganes y ladrones sin selva.	218
IX. Soldados de Cristo, almas inconstantes, hierro, pestes mortales	222
<i>Atisbo al interior.</i>	237
X. El caso Benny Loy.	239
XI. El Hombre que Abarca el Mundo (I).	278
XII. El viaje de Elita.	284
XIII. El Hombre que Abarca el Mundo (II).	288
XIV. Un pelacaras en el aserrío.	292
XV. Los apuros del ingeniero.	331
XVI. Cantan los chamanes al Mono Blanco	349
<i>Fragmento de carta de amor.</i>	391
XVII. Tres formas de tener quince años.	392
XVIII. Basura.	427
<i>Muerte in absentia.</i>	433
XIX. Los derechos humanos o el poder de las madres.	434
<i>Con el corazón partido.</i>	476

XX. Olivia Newton-John y la República Shipiba Independiente.	478
XXI. Historias encadenadas antes del adiós.	484
<i>Inconclusión.</i>	529
Agradecimientos.	533
Glosario.	535
Ensayo bibliográfico.	544
Bibliografía.	552

I

La parte principal

Sucedió en la época de la abundancia, cuando el río era silencio y los otros aún no se habían apoderado de las tierras ancestrales. Caza, pescado y una tierra vigorosa preñada de frutos, permitían la buena vida de la selva prodigiosa. Era entonces el tiempo del *ani sheati*, la gran borrachera: bajo la luna llena de plata brillaba la sangre y la música; los maridos burlados se vengaban de los seductores de sus mujeres, que jaleaban; los borrachos bailaban durante días al son del tambor y la flauta. La fiesta, oportunidad para la transgresión: excesos sin culpa, amores declarados, demostraciones jactanciosas de fuerza y habilidad, chismes necesarios, odios manifiestos y resueltos...

Y en el centro de esa catarsis: la Niña.

No pudo dormir en toda la noche. La música, las imprecaciones, las contiendas, las chanzas y, sobre todo, la certeza del cambio inminente. Cuando se levantó rayaba el alba; el disco de la luna no se había hundido aún. Al frente, en la gran casa sin paredes construida por su papá para albergar a los invitados, unos entraban y otros salían de los mosquiteros. La fiesta no pararía en varios días.

La aparición de la Niña fue recibida con gritos desde debajo del gran mango en flor, donde grupitos de hombres y mujeres, en distintos grados de intoxicación, conversaban y comían, o apuraban el enésimo trago. El Hermano, ebrio, sopló en la flauta una melodía burlona.

Acompañada por su Prima, la Niña bajó al río, que fluía tranquilo como el alba. Los pájaros iniciaban su actividad con alboroto, allá en la gran masa boscosa que les rodeaba. Se desnudó y se bañó durante unos minutos. Ciertamente ya no era tan niña: sus pechos comenzaban a brotar, sus caderas se curvaban con suavidad.

Cuando regresó a la casa, la Abuela esperaba.

—Bebe —le tendió un pequeño cuenco rebosante de guarapo¹.

La Niña se lo llevó a la boca. Le chocó el sabor dulzón y fermentado de la bebida, que probaba por primera vez. No la terminó e iba a devolvérsela a la Abuela, pero ésta hizo un gesto terminante:

—Tienes que beber todo, para no sentir nada. Recuerda lo que te he aconsejado. Tienes que ser fuerte, no tener miedo. Todas hemos pasado por esto. Si no lo haces, no encontrarás marido, se burlarán de ti, serás la vergüenza de la familia. Pero si lo haces tendrás el espíritu; serás de las nuestras.

Contagiada por la gravedad de la vieja, la Niña escuchó en silencio la admonición tantas veces repetida en los últimos días. Venciendo la náusea ingirió de una vez el vino y devolvió el cuenco. La abuela asintió levemente y sentenció:

—Hoy dejarás de ser una niña.

Comenzaron los preparativos. La Abuela se dispuso a pintarle la cara con los diseños festivos: mojó la punta de una astilla en jugo de huito² y con pulso firme trazó la intrincada red de esotérico significado. La peinaron y le pusieron todos sus adornos: la falda había sido bordada especialmente para la ocasión, con los mismos diseños que ahora adornaban su cara.

Collares de monedas, aretes de plata, cascabeles de semillas.

Otro cuenco de vino de caña.

Entonces la Niña, más bella de lo que jamás había estado, salió de la casa. Al son de la música, los presentes celebraron con gritos y cantos su aparición. Ella, aturdida por el alcohol y el protagonismo, sonrió. Durante las siguientes horas bailó y tomó hasta que cerca del mediodía, por primera vez borracha, tuvo que apoyarse en el gran mango para no caer al suelo, junto a los músicos que la señalaban y reían.

Su desfallecimiento fue la señal.

—Ven —su Mamá la cogió de un brazo, se dejó arrastrar.

Había llegado el gran momento, el epicentro de esta dislocación de la plácida cotidianidad que era el *ani sheati*. A través de las

¹ **Guarapo.** Bebida que se obtiene mediante la fermentación del jugo de caña dulce. *Nota del autor: todas las palabras recogidas a pie de página pueden ser consultadas en el glosario, al final del libro.*

² **Huito.** *Genipa americana*. Fruto del que se extrae un tinte negro.

brumas del alcohol, la Niña sintió miedo, no impreciso y vago como el que la había inquietado en los últimos días, imaginándolo todo, sino un miedo concreto, acentuado por el vértigo de la ebriedad. Escuchó gritos exaltados a su paso. Aunque la realidad se había difuminado, trastornado, sintió las miradas clavadas en ella. La música sonó nuevamente: con cantos, los hombres alababan su belleza.

La Niña sabía lo que seguía, porque su Mamá y su Abuela se lo habían contado, porque lo había presenciado años atrás, cuando le pasó a su Prima. Tenía miedo y le hubiera gustado no estar ahí ni ir adonde iba, pero la conducían firmemente a la parte de atrás de la casa, a resguardo del bullicio general, cerca del límite de ese espacio que su familia le había sustraído a la selva, el espacio humano. Allí estaba el banquito que el Abuelo había tallado en las últimas semanas, también pintado con diseños. Los pies no le respondían, avanzaba flotando, sin fuerza. Junto al banquito, con gesto grave, otras mujeres de la familia la esperaban.

Un último trago de guarapo le produjo arcadas.

Amortiguados sonaban los cantos.

Miedo.

Despojada de su falda, desnuda, la condujeron al banco. La tumbaron sobre su espalda. La agarraron por las piernas, rodeándolas con los brazos, separándolas. Se sintió vulnerable al tener el sexo expuesto.

—Tienes que ser fuerte. Todas hemos pasado por esto. Tú también.

La Abuela empuñaba el cuchillo de caña, bien filudo. La Tía, la Mamá, las otras mujeres volvieron a sujetarla firmemente contra el asiento, previniendo una reacción brusca del cuerpo. Bañada en sudor frío, apabullada por el calor del mediodía, a punto del desvanecimiento, aturdida, con sensación de irrealidad, le llegaban los gritos de los hombres. Un sueño turbio. Enmarcada por sus piernas desnudas y abiertas, vio a su Abuela arrodillarse y sintió cómo pellizcaba el botón más sensible de su sexo. Aulló. La Abuela soltó y volvió a pellizcar, con más fuerza; no tuvo tiempo para lamentarse porque inmediatamente sintió mil espinas atravesándola, un dolor inconcebible. Las Mujeres hicieron fuerza para mantenerla inmóvil mientras la Abuela siguió maniobrando: sin apresurarse, con otro tajo abrió el himen. Un líquido caliente chorreó por sus muslos. De un plato, la

Abuela cogió un emplasto vegetal y se lo aplicó al sexo. Era fresco. Y luego, como en sueños, algo frío y duro entró en ella. La Niña, que había dejado de serlo, se desvaneció.

* * *

Amelia debe tener setenta y cinco u ochenta años. Es una mujer delgada y sorprendentemente alta para la estatura media de las mujeres de la región, más alta que sus hijas, y más alta que su bisnieta Elita, de veintitrés años, que traduce mis preguntas y sus respuestas. Amelia siempre está trabajando. No importa a qué hora del día llegue a su casa, un día borda una pampanilla³, otro pinta una tela, lava los platos, hila, teje, enciende el fuego... Ahora ralla yuca; lo hace restregándola contra una pala de madera tachonada de púas metálicas. Sus manos son huesudas, surcadas de protuberantes venas, los dedos están torcidos. Tal vez su pelo sea completamente blanco pero está negro, porque recientemente se lo ha teñido con huito, ese tinte vegetal que dejó su cara manchada, como las manos con que se lo aplicó. Me sorprende la flexibilidad con la que se sienta sobre sus talones y permanece largo rato entregada a rallar yuca y contestar mis preguntas.

Ocho décadas de penas y alegrías, trabajos y fiestas, ires y venires, han dibujado un mapa casi completo de la existencia que permite otorgarle un valor relativo a cada momento, a cada suceso. Tal vez por eso, Amelia recuerda cuando le cortaron su clítoris sin la menor afectación; aunque no dice clítoris. “Antiguamente se cortaba su parte principal de las mujeres”, traduce Elita. “Pregúntale que por qué le cortaban su parte principal”. La vieja se encoge de hombros. “No sabe”. Pero luego ofrece una explicación: “Su abuela decía que eso era un estorbo”. Lo del estorbo lo anoto mentalmente en la lista de versiones que tratan de explicar esta intervención radical en el cuerpo femenino, y que se suma a los malos olores, las burlas de los hombres, conservar el espíritu, honrar a la luna y un variado y poco convincente etcétera.

³ **Pampanilla.** Según el diccionario de la Real Academia Española es un “taparrabos de tela o cualquier otra cosa”, aunque en el castellano regional sirve para designar las faldas bellamente bordadas que las mujeres shipibas visten y venden.

Es lógico suponer que esta mutilación constituía un mecanismo patriarcal para negar lo femenino, para someter a las mujeres controlando su sexualidad. Y sin embargo, la sociedad shipiba, tal y como ha sido descrita por investigadoras e investigadores, tal y como yo he comprobado en mi trabajo de campo, es una sociedad caracterizada por el poder femenino. La estrecha unión de las mujeres de la familia es una fuente de fortaleza tal que la sociedad shipiba se puede considerar matriarcal; varias investigadoras coinciden en recalcar la autonomía, prestigio o libertad que la mujer shipiba siempre ha tenido en el interior de su grupo, características que han llegado casi intactas hasta el día de hoy: las mujeres pueden tener a lo largo de su vida varios compañeros sexuales, viajan solas, ganan dinero, organizan la casa... En un año de estrecha convivencia no he visto jamás (y nadie me ha contado) una agresión (ni siquiera verbal) por parte de un hombre hacia una mujer. ¿Es entonces posible que el corte de clítoris fuera una decisión femenina, que este grupo de mujeres decidiera renunciar a una parte esencial de su ser e instituir esta operación como fundamental para la reproducción de su grupo?

Amelia no deja de trabajar. A veces, ante una pregunta mía que llama su atención, hace una pausa, levanta la cabeza, me mira sonriente y responde. “Antiguamente dice que era más bonita la cosa”, traduce Elita. “Dice que ponía su arete, sus collares bien llenos de monedas de plata, su falda y su blusa. Su mamá le enseñaba a poner vestimenta típica con diseños en la cara. Todo eso”. Amelia ya no va típicamente adornada, ni siquiera típicamente vestida con la blusa de vistosos colores y la pampanilla bordada con diseños geométricos que aún lucen muchas mujeres. Lleva una sencilla falda de tela negra, barata, y una blusa de algún hilo sintético azul brillante.

Nos habla de aquellos tiempos con nostalgia. No había ollas de metal, ni cucharas, ni pocillos de plástico. No había jabón. La vida era seminómada. Su matrimonio fue concertado por la mamá. No fue a la escuela. Desde que era niña trabajaba: bordar, cocinar, lavar. Abundancia, de pescado, de caza, de territorio. Nueve hijos muertos.

El *ani sheati*⁴, la gran fiesta que duraba semanas: alcohol, comida, peleas a sangre, invitados de lejanos lugares; todo para celebrar el rito de paso. Cuenta muchas cosas y tendrán en este relato un lugar privilegiado, más adelante.

Después de una hora de conversación siento que ya he obtenido una información valiosa. Como el minero que encuentra la veta de un preciado metal, yo estoy satisfecho de haberle extraído a Amelia sus recuerdos, que quizás deberían haber permanecido donde estaban y no sobre este papel. Yo he obtenido lo que necesito para la investigación etnográfica que estoy llevando a cabo sobre la juventud shipiba, para completar mi Maestría de Estudios Amazónicos en la Universidad Nacional de Colombia, lo que algún día tal vez me haga respetado, digno de elogio, independiente económicamente. Si uno predica un intercambio justo, ¿qué debe dejar a cambio de un cuento? ¿Qué a cambio de una costumbre inusitada o la confirmación de un dato? Yo siempre hago cuentas y, por un sentimiento de culpabilidad propio del heredero de Colón, salgo ganando, es decir perdiendo, porque debo. Hago cuentas y le compro artesanía a Amelia, una bella tela pintada y bordada. Hago cuentas y situo el corte de clítoris de Amelia en los primeros años cuarenta, tal vez el mismo año, quizás el mismo día, en el que llegó al corazón del territorio shipibo la carretera y, con la carretera, otro mundo.

* * *

En la Segunda Guerra Mundial, en una isla del Pacífico, el soldado le dijo al cabo, y éste al capitán, al coronel, al general: se acabaron las llantas. Lo supo el Secretario de Estado en Washington, el Subsecretario, el Presidente de la Compañía para el Desarrollo del Caucho, que se lo dijo al Funcionario, y al Ingeniero. La orden: traigan caucho de dónde sea, cómo sea.

Francis Adams Truslow viajó a Perú (no importa el gasto,

⁴ *Ani sheati*. Literalmente “gran beber” o “gran bebida”, pero he preferido traducir como lo que era: una gran borrachera, duradera y generalizada. En todos los términos shipibos que reproduzco me guió por la grafía y la definición del *Diccionario Shipibo-Castellano*, del Instituto Lingüístico de Verano.

vaya) y habló con el Presidente y el Ministro.

¿Y la carretera?

La carretera no está.

Truslow voló a la selva y montó en un jeep por la carretera que medio no está, y no se podía sacar caucho para las ruedas de los aviones que despejaban, bombardeaban, mataban a mucha gente.

¡Más caucho! ¡Es la guerra!

Calor en agosto de 1942, cuando el gringo llegó con su jeep a sesenta kilómetros de Pucallpa.

Señor ingeniero Remolina.

¡Viva el Perú carajo!

¿Cuáles son sus planes?

¡Viva el Perú carajo! Trabajamos veinticuatro horas al día en tres turnos. Los tractores no paran pero llueve, faltan repuestos, falta petróleo. ¡Terminaremos en diez meses!

Truslow anotó tractores, trabajadores, repuestos, lluvias, jornadas, almacenes y envió su informe al Secretario de Estado: viva Perú carajo muy optimistas, tres años como pronto, con copia al Ministro de Fomento Caros Moreyra y Paz Soldán, quien también viva el Perú carajo, si los muchachos lo dicen lo hacen, gringo, te apuesto una comida. Truslow aceptó.

A Amelia le cortaron el clítoris y el 26 de junio de 1943 llegaron a Pucallpa tres camiones de la agencia de transportes Delicias con víveres para la Fuerza Aérea del Amazonas. Comandante Víctor Gal Lino: descarguen, carguen. Bajaron los víveres; subieron las bolas de caucho. Izaron la bandera, *seamos libres, seamos, seámoslo siempre, seamos, respetemos el voto solemne...* Bajaron la bandera y se fueron a Lima ¡por carretera!, y en un barco a una fábrica y de una fábrica a un barco y en un barco a la isla y el soldado puso la llanta y el avión despejó y murieron cien mil personas.

Oh say, can you see?

El Ministro de Fomento, carajo viva el Perú, llegó a su despacho, y la secretaria leyó una carta:

Francis A. Truslow, habiendo perdido gustoso una apuesta, tiene el honor de invitar a usted a la comida que ofrecerá en honor del Ministro de Fomento y Obras Públicas, Ingeniero Carlos Moreyra y Paz Soldán, y de los ingenieros de la carretera Huánuco-Pucallpa.

¡Viva el Perú carajo que la selva estaba integrada en el territorio nacional!

Y en el internacional.

¡Es la guerra!

* * *

¡Qué divertido juego de palabras! Y qué tristeza. ¡Viva el Perú carajo qué paradojas! Porque en el mismo momento en el que la selva quedó integrada en el territorio nacional comenzó a dejar de serlo, si es que entendemos por selva ese océano vegetal impenetrable. Sí, esa misma selva en la que alguien podría situar el pueblo shipibo de San Francisco de Yarinacocha. Sin embargo, mientras nos alejamos de la casa de Amelia en dirección al núcleo de casas que componen la comunidad, miro alrededor y veo una naturaleza esquilada: un manto de maleza y algún árbol raquíto. ¿Estamos en el corazón de la selva peruana? Hierbas altas como nosotros que atravesamos para llegar a una carretera transitada por desvencijados carros que hacen sonar sus bocinas en reclamo de viajeros, dejando estelas de polvo desagradable, que reseca nuestros cabellos y se mete por nuestras narices. Estamos en el núcleo semiurbano de San Francisco, conectado desde hace años por carretera con la cercana ciudad de Pucallpa. Los carros van y vienen, atestados por esa masa humana que no pierde el buen humor y soporta estoicamente el calor y el polvo, las apreturas, los vaivenes del camino irregular.

En el pueblo, la muerte de los árboles y los animales, la muerte de la selva, está disimulada por la vida humana, por las casas. Elita camina delante, pausadamente. Viste unos pantalones vaqueros, una camiseta de algodón marrón estampada, una gorra de béisbol, unas sandalias. “Yo no sabía esas cosas que ha contado mi abuela”. “Era muy diferente entonces”, opino. En estos setenta años de carretera, la transformación ha sido dramática. Elita encarna esa transformación, en sus ropas superficialmente, en sus estudios de técnica sanitaria, que completó en Lima durante varios años, en sus aspiraciones profesionales, en su “yo no sabía esas cosas”, en su vestuario en

el que no cabe el *chitonti*⁵ ni el *cotón*⁶, que aún usan las mujeres de más edad. “Si venía un grupo de extranjeros al centro, mi papá nos exigía ponémoslo, porque los turistas lo quieren ver. Mi abuela se lo pone todos los días porque ella está acostumbrada”.

Caminamos por la calle Túpac Amaru, en la que vive Elita. La comunidad está compuesta por seis calles, tres paralelas a la cocha⁷, tres perpendiculares, cruzándose para formar una cuadrícula, según los ideales urbanos renacentistas del emperador Carlos V. Nos hacemos a un lado para que pase otro carro y su polvo. A mí me gusta más este pueblo en tiempo de lluvia, cuando la carretera que conduce a la ciudad queda anegada y San Francisco sólo es accesible a través de la cocha, en bote. Se lo digo a Elita, que repone: “Yo prefiero que entre carro. Más rápido. El bote se demora mucho”.

Llegamos al espacio doméstico de la familia, una parcela de cincuenta metros por cincuenta en la que se levantan cinco casas: la de su abuela Mercedes y las cuatro de sus hijas, entre las que se encuentra Olga, mamá de Elita. Las casas están separadas entre sí por unos pocos metros pero constituyen unidad: el Gran Espacio Matrilocal, la materialización de la unión femenina, madre e hijas siempre juntas. La abuela Mercedes está en su cocina, un trabajado cobertizo de hojas de palma, sin paredes. Sentada a una mesa se dedica a ensartar semillas en collares que después venderá en el campo ferial del pueblo, destino turístico habitual de quienes viajan a Pucallpa en busca de la selva. Primas pequeñas corretean alegremente de un sitio para otro.

Elita duerme en casa de su abuela, en una pieza pequeña, copada por una cama, una cómoda y una mesa de noche. Tiene cosméticos de distinto tipo encima del armario y fotos colgadas en la pared. En una aparece ella con su madre, el día de su graduación, en Lima. Allí nadie sabía que ella era shipiba. ¿Pudo ocultarlo con su mamá hablando tan poco castellano? De hecho, al castellano de Elita le falta cierta fluidez. El resto de las fotos son recortes de revistas: modelos rubias, pelirrojas, de piel blanca y ojos claros, delgadas, que anuncian

⁵ *Chitonti*. Vocablo shipibo para pampanilla, una falda bordada con bellos diseños geométricos que identifican a las mujeres shipibas.

⁶ *Cotón*. Blusa típica, de colores vivos, cosida por ellas mismas.

⁷ *Cocha*. Laguna.

perfumes. La tez de Elita es oscura (aunque ella se guarda del sol), su pelo liso castaño oscuro, sus ojos marrones; es de estatura baja, caderas anchas y barriguita incipiente. Una bonita mujer, aunque no se parezca a las de las fotografías.

La casa de la abuela Mercedes, construida con tablas y techada por hojas onduladas de zinc, se divide en tres dormitorios y una pequeña salita; se acabaron esas grandes casas sin divisiones interiores ni paredes exteriores. La televisión está encendida; es un aparato grande y moderno. Están pasando una telenovela mexicana que sigue atentamente una de las primas de Elita. “Antes no veíamos tele, ni escuchábamos música porque no había electricidad. Antes teníamos que ir a bañar en la cocha y para traer agua para beber era lejos. Ahora estamos contentos porque tenemos agua cerca y luz. Me parece que todo es bueno, ¿no?”. Asiento pero... “Yo recuerdo que ustedes se divertían mucho en la cocha. ¿No echan de menos irse a bañar allá?”. “A veces pensamos irnos, ¿no? Pero aquí tenemos agua y también la cocha es un poco peligrosa. Podemos pasar algo”. “¿Qué puede pasar?”. “Que dicen que hay pez raya. Por eso me da miedo. Pero ahora ya casi las personas no se van a ir a la cocha a bañar porque ya tienen agua. Y también esa agua de la cocha ahora es un poco sucia, no podemos bañar con eso”.

Elita siempre me acompaña-ayuda-explica-traduce. Está desocupada, a la espera de que se haga realidad un trabajo de enfermera que no llega. Tampoco tiene una relación sentimental, por el momento prefiere concentrarse en iniciar su carrera profesional o en continuar sus estudios. Ya es técnica sanitaria y le gustaría estudiar turismo. Sin trabajo, sin marido y sin hijos, dependiente de sus padres, a sus veintitrés años Elita sigue siendo considerada una *sbontaco*⁸, una señorita, una joven. Pero claro que le gustaría crear su familia. “¿Cuántos hijos te gustaría tener?”. “Uno o dos, nomás”. “Siendo una familia tan grande como es la tuya, ¿por qué tan pocos hijos?”. “Es que mi mamá tiene más de cinco hijos porque dice que antes no se sabía cuidar. Pero hoy en día yo no pienso tener muchos hijos. De repente por el recurso económico también”. Elita recuerda los consejos de su abuela Mercedes: “Me aconsejaba cuando yo era chica que

⁸ *Shontaco*. Señorita, etapa vital que comienza con la menstruación y concluye con el casamiento y la maternidad.

sea profesional y así poder ayudar a mi familia, y a la comunidad también. También me hablaba de elegir una buena familia, un buen chico también, que sea profesional para que podamos ayudar ambos. Eso también me aconsejaba mi abuela siempre”.

II

El Mundialito

La voz queda y amable de Roy me despierta cuando la luz del nuevo día es sólo una promesa. “¿Qué tal?”, pregunta con su habitual buen humor. Roy es chévere. Me gusta su sonrisa franca de grandes dientes blancos y su saludo levantando el pulgar de larga uña. A sus veintiún años tiene aún un poco de acné en las mejillas. Va impecablemente vestido, con unos tenis de buena marca, siempre impolutos pese al barro. Antes de salir de casa pasa por el lavadero y se los limpia con un trapo húmedo; luego camina con mucho cuidado, tratando de no hundirse en el suelo embarrado.

Estamos a mediados de febrero lo cual significa que es tiempo de agua (y de barro). Las lluvias comenzaron a caer con fuerza en diciembre y seguirán así hasta abril. A Roy no le gusta mucho esta época, no sólo porque el barro es fastidioso en sí (lo mancha todo y dificulta el más corto paseo) sino porque por su culpa se juega menos al fútbol, sin duda alguna, la gran pasión de Roy y de la mayoría de los muchachos de San Francisco. Pese al barro, por imperativos del calendario, hoy se inaugura el Mundialito, el campeonato de fútbol que congrega cada año en el cercano pueblo de Yarina a decenas de equipos de fútbol de las comunidades shipibas, el gran acontecimiento social del año. Roy juega en la selección de San Francisco.

El viaje a Pucallpa desde San Francisco tiene, en invierno, varias etapas. La primera consiste en llegar hasta el puerto, a trescientos metros de la casa. Como la calle está embarrada, Roy opta por usar la motocicleta. Le gusta mucho conducirla y, al margen de la comodidad y el placer de la velocidad, la moto evidencia que la familia de Roy está prosperando. Roger López, su padre, es un exitoso empresario-chamán y Olga Agustín, su madre, una artesana muy laboriosa; entre los dos han logrado poner en marcha el albergue de medicina natural al que acuden desde los cinco continentes personas que

desean experimentar la ayahuasca. En San Francisco es muy excepcional que una familia posea una moto; ésta tiene dos. Y muchas más cosas.

Así es que en esa moto de fabricación china salvamos el barro y llegamos a casa de su tío, situada en una loma que se eleva al borde de la laguna de Yarinacocha. Desde la casa del tío hasta el puerto hay que caminar cincuenta metros por una pasarela elevada sobre una zona inundada, que en verano queda seca; este bajial⁹ está sembrado de jóvenes árboles de camu camu¹⁰, aún improductivos, sumergidos completamente pese a que ya alcanzan más de un metro de altura. La primera vez que visité San Francisco uno de los fenómenos que me sorprendió especialmente fue que los árboles pudieran aguantar cubiertos por el agua durante varios meses.

Al final de la pasarela, una plataforma de hormigón de cuatro metros cuadrados hace las veces de puerto; luego siguen unas escaleras que se hunden en el agua y descienden a otras plataformas, usadas a medida que baja el nivel de la laguna. Media docena de niños se lanzan al agua verdosa haciendo piruetas, gritando alegremente, sus músculos delgados se marcan en la piel oscura. Poco después de subirnos al bote, de madera y unos diez metros de eslora, se completa el pasaje mínimo, por lo que casi no tenemos que esperar para partir. El dueño salta a popa, donde arranca el pekepeke¹¹, ese motor de martilleo infame, perforador de tímpanos, y surcamos la transitada cocha, donde otros botes dejan y recogen pasajeros en distintos puntos de la orilla. Nosotros somos unas quince personas, la mayoría mujeres que, ataviadas con sus ropas características, tratarán de vender sus artesanías en Yarina o Pucallpa. Al llegar a Yarina, después de cuarenta y cinco minutos de trayecto, el sol se asoma por primera vez

⁹ **Bajial.** Franja de territorio aldeaña a los cursos de agua que queda inundada estacionalmente en la época de lluvias, con la creciente invernal.

¹⁰ **Camu camu.** *Myrciaria dubia*. Árbol cuyo fruto tiene alto contenido en vitamina C. Se ha empezado a producir en la región masivamente, con destino al mercado exterior, principalmente al Japón.

¹¹ **Pekepeke.** Motor de embarcación cuyo diseño permite elevar rápidamente la hélice mientras se navega, cuando el piloto considera que puede dañarse por algún palo o resto vegetal.

en el día; la luz se hace intensa y blanquecina. El puerto está repleto de embarcaciones, costado con costado, a lo largo de doscientos metros. No hay hueco pero el motorista inserta su proa entre dos popas, aumenta la potencia del motor y poco a poco va desplazando los botes a derecha e izquierda, hasta que la proa da con barro. A unos metros quedan los comercios abigarrados establecidos en precarias casas de madera, y el tumulto: van y vienen, venden y compran. Bandejas de pequeños pescados, periódicos sensacionalistas, pan con mantequilla, ruido ensordecedor de vehículos que circulan como pueden entre el gentío, música altisonante, basura en el suelo, mal olor.

Tiempo atrás éste fue territorio shipibo pero ya no lo es.

Paramos un motocarro, un vehículo de tres ruedas con parte delantera de moto y trasera de carro, ligero y apto para transportar tres personas con cierta comodidad. Nos dirigimos a la cercana Pucallpa, capital del departamento de Ucayali, circulando por una avenida de siete kilómetros de construcciones a medio terminar, restaurantes, gasolineras, comercios, un recinto ferial. Los motocarros zigzaguean temerarios: el sonido hiriente y penetrante, el olor a gasolina quemada y el humo, la vibración enervante del motor y los baches en el asfalto. A veces la avenida se eleva sobre los laterales y se divisan barrios humildes extendiéndose kilómetros, entre calles sin asfaltar, en un caos barroso o polvoriento (según la temporada) jaspeado por el verde de los árboles supervivientes.

En el mercado número dos de Pucallpa, en el centro, desayunamos. Roy pide pollo con arroz y jugo de papaya, yo arroz a la cubana y café. Mientras comemos entrevisto a Roy: “¿Cuál es tu objetivo para este año?”. No lo duda: “Terminar mis estudios y encontrar un trabajo”. Ha sonado como un desafío vital. Calla unos segundos y repite entre dientes, como para sí mismo: “Tengo que terminar como sea. Va a ser difícil: las prácticas y el estudio. A las siete de la mañana me voy al estudio y cuando termine el estudio a la práctica. No voy a tener tiempo para nada”. Roy va a comenzar el último año de contabilidad, al tiempo que hará prácticas en la municipalidad, gracias a un contacto que hizo su padre con uno de los regidores, paciente y amigo. Antes de estudiar contabilidad se inclinó por la mecánica automotriz, pero lo de mancharse las manos de grasa... Roy quiere ser profesional, trabajar en una oficina, vestir bonito.

¡Y quiere jugar el Mundialito! La mayoría de los integrantes del equipo son de su edad. “Estudiantes de universidad somos doce de los dieciocho. También hay de treinta años”. Roy recuerda que en los dos últimos años San Francisco “campeonó”. Hay una apuesta importante, que cobra el campeón, pero no sólo eso. “Nosotros, San Francisco, somos un pueblo grande, y también futbolísticamente demostramos lo que sabemos. Los organizadores siempre ven cuáles son los equipos más fuertes, que tienen táctica, estilo... Nosotros queremos que ellos nos vean como unos buenos jugadores. Es por eso que luchamos. ¡El triunfo es muy importante!”. “¿Por qué?”. “Hay algunos que han campeónado cuatro veces, y nosotros tres veces. Hay algunos también que han campeónado dos veces, y otros una vez”. “¿Pero nadie ha campeónado cinco?”. “No, cuatro ha sido lo máximo: Paoyhán”. Me explica que la rivalidad entre Paoyhán y San Francisco (los dos pueblos shipibos más poblados, con alrededor de dos mil personas) es tan fuerte que un enfrentamiento futbolístico entre ellos se denomina “el clásico del fútbol shipibo”. “Es por eso que la gente se amontona a ver”, asegura.

La siguiente parada es la agencia de transportes Turismo Central, una línea de autobuses de pasajeros que cubre el trayecto entre Pucallpa y Lima. Después de una estancia de dos meses en la capital, la mamá de Roy, sus hermanas y su hermanito regresan a casa. Aprovechando el verano limeño y el parón escolar, Olga fue a vender sus artesanías a las playas de la capital, y se llevó a Elita, Karla y Jhon. También llega con ellos Roger, el padre, que se fue la semana pasada a buscarlos. Sólo falta el quinto hermano, Daniel, que esta mañana tenía clase de preparación para el ingreso en la universidad.

Olga y Roger me abrazan efusivamente. Elita, que a sus veintitrés años es la hija mayor, sonríe: “Te hemos echado mucho de menos”. Mi última visita fue medio año atrás, cuando estaba preparando mi trabajo de campo, pero les visité por primera vez seis años antes y, desde entonces, he tejido una relación cada vez más cercana con esta familia.

Elita ha cambiado el peinado: se ha ondulado el pelo y teñido de un color caoba. Viste un polo rosa y unos vaqueros de color azul claro. Las cejas escasas están perfiladas por lápiz negro. Karla, de trece años, es más reservada; amago un abrazo pero no reacciona.

Viste un jean azul oscuro y un polo rojo, a juego con las sandalias; no lleva maquillaje; su pelo es largo, liso y negro, atado en una coleta baja; es también pequeña, como su hermana, y ya muestra las redondeces de la femineidad. A Jhon lo cojo por la cintura y lo elevo por encima de mi cabeza; se ríe con dulzura. Todos van y vienen recogiendo el equipaje de la bodega, con un desconcertado frenesí; después de veinte horas de viaje, por fin pueden caminar.

Olga me pregunta cuánto tiempo me voy a quedar con ellos. “Este primer viaje un mes”. “Está bien”, asiente reflexiva. Luego, con su mirada fija e impertérrita, suelta de improviso: “Elita no quiere trabajar en Pucallpa, llévatela a España”. Su sugerencia me hace reír. “El que no quiere vivir en España soy yo. A mí me gusta aquí”. A lo que reacciona con un silencio de incompreensión.

Nos separamos. Los recién llegados se suben en un taxi para ir al puerto de Yarina. Roy y yo vamos en motocarro hasta el Instituto Pedagógico, donde se va a celebrar la ceremonia de apertura del Mundialito.

A las afueras de Yarina, al borde la laguna, se yerguen las instalaciones que otrora levantara el estadounidense y controvertido Instituto Lingüístico de Verano; desde donde extendieron su proyecto evangelizador-lingüístico-etnográfico-educativo por toda la Amazonia peruana. Cuando se fueron dejaron su infraestructura al gobierno peruano, que estableció allí el Instituto Superior Pedagógico Público Bilingüe de Yarinacocha y la Universidad Intercultural de la Amazonia, donde cursan sus estudios superiores la mayoría de los jóvenes shipibos de San Francisco. Sesenta años de historia nos contemplan mientras avanzamos hacia la cancha de fútbol: la historia de cómo una organización religiosa fundamentalista estadounidense se hizo cargo de formar a jóvenes indígenas como maestros, que luego regresarían a sus comunidades para crear nuevas conciencias, la semilla de este cambio radical en el que estamos.

Ya hay algunos equipos formando en el centro del terreno de juego con sus elásticas coloridas, esperando estoicamente bajo el sol a que comience la ceremonia. Alrededor de la cancha, graderíos bajo la sombra de frondosos mangos, y un poco más allá las casas de madera que antaño albergaron clases y ahora están abandonadas: la pintura verde desconchada, los anjeos rotos, los tejados de zinc en

mal estado, los interiores polvorientos y desordenados, las pizarras caídas... El Instituto está en franca decadencia, disimulada por la animación de los espectadores que deambulan, la mayoría shipibos. Los jóvenes visten pantalones cortos y polos deportivos. Las jóvenes ofrecen más variedad, algunas muy arregladas para la ocasión: jeans, faldas, pantalones de todo tipo, incluso la “típica”, ya sea las que participan como abanderadas en el desfile o en las mujeres de más edad. Los organizadores hablan con tono enérgico por al alto parlante, en castellano, haciendo una concesión a la presencia de instituciones nacionales, renunciando excepcionalmente a su lengua vernácula, cuyo uso se ha conservado con gran fortaleza entre los shipibos.

Muchas de las intervenciones son cáscaras vacías, pero también hay ideas interesantes. Elí Sánchez, miembro de la comisión organizadora, compara el Mundialito con los antiguos encuentros tribales: “Hemos perdido el *ani sheati* y durante mucho tiempo no tuvimos otra manera de reencontrarnos. Ésta es la forma de hoy, como hacen otros pueblos en todo el mundo. Es tan importante que en estos días se suspenden las actividades productivas en las comunidades”. Un representante del Instituto Peruano del Deporte asegura que “habrá acuerdos importantes en beneficio de las comunidades que permitirá que los pueblos se unan”; otro lo considera “un alto en la vida cotidiana con el fin de confraternizar e intercambiar experiencias. Fortalece el espacio mental y personal”.

Los equipos forman con ese espíritu castrense tan habitual en las ceremonias oficiales en Perú. Alguien de la organización dirige el juramento: “Les pido que levanten la mano. ¿Juran por Dios y por la patria seguir y respetar los reglamentos de este campeonato?”. La respuesta es desigual en intensidad, pero se adivina un débil “sí juro”. Después los equipos desfilan marcialmente alrededor del campo, llevándose una mano al pecho o haciendo algún otro ademán cuando pasan por delante de la mesa de autoridades. El locutor intercala eslóganes del único patrocinador del evento, la petrolera Maple: “Generamos desarrollo regional con responsabilidad social”, o “Promovemos la salud y el deporte”. La petrolera Maple también apoya económicamente al equipo de Canaán de Cachiycu, la comunidad cercana a su explotación petrolera, que sufre desde hace años las tristes

consecuencias de esta actividad.

* * *

Roger López tiene cuarenta años. Su vientre algo abultado, bruñido, delata una cierta tendencia a engordar; lleva el pelo corto, bien peinado; ojos pequeños y vivaces; fundas de oro en los dientes; absolutamente lampiño, excepto por un vello casi imperceptible en las axilas; piernas y brazos forjados por el machete y el remo cuando vivía allá en Roaboya, a orillas del río Ucayali, hace veinticinco años, mucho antes de convertirse en profesor. Está resguardándose del intenso sol en el pequeño cobertizo que hace las veces de cocina, recuperándose en la hamaca del largo y agotador viaje desde Lima. Roger y la tremenda Olga toman gaseosa heladita, que han comprado en una de las bodegas cercanas. Roger ha traído de Lima unos extraños objetos que me muestra complacido, una especie de fósiles, seguramente reproducciones de bichos prehistóricos. También una piedra de metal dorado, esculpida en pequeños cubos que se superponen y salen unos de otros, con caras perfectamente lisas. Cuenta entusiasmado que son piedras de gran poder, que se sumergen en la ayahuasca¹² y confieren al chamán poderes excepcionales para defenderse de los ataques de otros brujos. Cuando habla de ayahuasca, su semblante, la inflexión de su tono de voz, su energía, todo cambia en Roger.

La ayahuasca: un puente al mundo de los espíritus, una llave para puertas interiores, un purgante, una sustancia visionaria usada para establecer contacto con aliados sobrenaturales y curar. Actualmente, una dimensión comercial insospechada: fuente de dinero imprescindible para el sustento de muchas familias de San Francisco; a otras familias, como la de Roger, les proporciona algo más que el arroz y el pollo. El negocio va bien, se percibe la prosperidad.

Roger López es el chamán más visitado en San Francisco de

¹² **Ayahuasca.** Medicina visionaria usada por los curanderos shipibos para establecer contacto con el mundo de los espíritus y obtener su ayuda para la curación. Aunque hay muchas recetas, la más habitual se prepara mediante la cocción de los tallos de la ayahuasca (*Banisteriopsis caapi*) y las hojas de la chacruna (*Psychotria viridis*).

Yarinacocha. Hace una década, en sus incursiones a ese otro mundo, adivinó el camino por el que ha discurrido hasta hoy con una determinación insuperable: la comunidad le cedió catorce hectáreas de terreno y poco a poco puso en pie unas casitas para hospedar a los visitantes, una gran casa ceremonial para tomar ayahuasca, y un jardín botánico, mientras se hacía con un nombre y una clientela en países tan diversos como España, Francia, Australia o Checoslovaquia. Es especialmente popular entre los japoneses; en este momento hay cinco de ellos albergados en *Suipino*, el nombre de su centro que es también el nombre shipibo de Roger: Bello Picaflor. Estos japoneses son visitantes de larga duración, pues su objetivo no es simplemente experimentar la ayahuasca sino aprender a curar, un objetivo que exige meses de concentración, dieta y aislamiento.

Cuenta que viajó a Lima para recoger a su mujer y sus hijos. “Por eso no me llevé ni ayahuasca ni tabaco. Cuando llegué me llamaron amigos de Lima”, hace gesto de hablar por teléfono. “‘Maestro, por favor cúranos’, me pidieron. Entonces fui a mirar y mi mujer me dijo que había una botella de ayahuasca grande y tabaco. Fui a descansar pero tomé todas las noches menos una”, ríe divertido. Durante años, con el fin de reunir dinero para levantar las casas de Suipino, Roger peregrinaba a Lima, donde el interés por la ayahuasca entre profesionales liberales, médicos alternativos y círculos académicos es creciente; allá hacía tomas y curaciones y se ganó un buen número de fieles seguidores.

Cuando habla de sí mismo, siempre autocomplaciente, Roger prefiere identificarse como empresario antes que como chamán. Chamanes shipibos hay muchos; empresarios, pocos. Es por ser empresario que es admirado (tal vez envidiado) por gran parte de la comunidad. El objetivo de un empresario es ganar dinero y Roger lo está haciendo. Ganando y gastando. Tiene dos motos chinas, un potente equipo de sonido Sony, dos televisores Panasonic, un reproductor de DVD LG, un motor fuera borda Johnson de treinta caballos, una gran congeladora y otros artículos preciados. Es por eso que la parcela, de quinientos metros cuadrados, en la que Roger y Olga tienen su casa ha sido recientemente cercada con tablillas de dos metros de altura, separándose inopinadamente de las casas de las hermanas y la mamá de Olga, fragmentando así el Gran Espacio Matrilocal.

Cercar el lote es un acto revolucionario, o mejor, una consecuencia de la revolución. Excluir, compartimentar, limitar, separar, individualizar, acotar, proteger. Hay muchas connotaciones. Hasta hace unas décadas, la mayoría de las casas de San Francisco y otros pueblos shipibos carecían no sólo de cerca, sino de paredes. Eran construcciones sencillas: armazón de troncos de madera, un techo a dos aguas a base de hojas de palma y un suelo de corteza de pona¹³, todo fijado con una liana delgada y flexible que se encuentra en el monte¹⁴. No se usaba ni una puntilla. Con la vista uno penetraba en la vida de los demás; la circulación era libre. Claro es que en aquel tiempo los pueblos eran pequeños, habitados generalmente por miembros de la misma familia, y los objetos industriales (objetos de deseo) eran muy escasos. Entonces no había vecinos desconocidos, ni transeúntes, ni turistas, pero actualmente en San Francisco viven dos mil personas y aunque hay muchos tíos y primos, también hay muchos desconocidos, vendedores mestizos, visitantes varios, turistas. Pucallpa, donde la delincuencia florece, está cerca, y los vecinos comienzan a sentir que por su calle circula la amenaza.

El espacio doméstico de Roger y Olga está compuesto por cuatro casas, bajo la sombra de tres mangos. La casa principal está dividida en dos: una pieza es el dormitorio de Roy, Daniel, Jhon y Karla; la otra pieza hace las veces de sala y dormitorio de Roger y Olga. La segunda casita no es más que un cobertizo con suelo de tierra salvo por una pequeña plataforma de madera; es la cocina. Sobre la plataforma estamos sentados Roger, Olga y yo, tomando gaseosa helada. Contra la única pared hay una cocina de gas, de cuatro fuegos. Una mesa con cuatro banquitos, sobre el irregular suelo de tierra, sirve para las comidas. Olga mira el techo, que es de palma y tiene goteras; ella prefiere calamina¹⁵. “Cuesta más pero dura mucho tiempo. La palma, cada tres o cuatro años, cambiar. Mucho gasto”. Junto a la cocina hay otro pequeño cobertizo en el que está la llave de

¹³ **Pona.** *Iriarte* sp. Palmera cuya dura corteza se puede desenrollar para ser usada como suelo.

¹⁴ **Monte.** En el castellano regional designa a la masa boscosa.

¹⁵ **Calamina.** Chapas onduladas de zinc, producidas industrialmente, que se usan para techar las viviendas.

agua. Un gran barril que en su momento albergara petróleo recoge y acumula el agua en las horas del día en las que hay servicio, para que esté disponible cuando se necesite; las letrinas quedan por fuera del recinto cercado.

Hay otras dos construcciones más pero están sin terminar. El destino de una de ellas, a la que aún le faltan las paredes y las divisiones internas, será albergar la nueva casa familiar; el de la otra, a la que aún le falta el suelo, será convertirse en bodega. Ésta es la cuarta ocasión que visito a esta familia en los últimos años, y en cada visita el espacio tenía distintas construcciones, periódicamente remozadas en su distribución interior.

A mí me acomodan en la casa principal, en el dormitorio de Roy, Daniel y Karla, quien abandona su cama en mi favor y se instala en casa de su abuela. Las tres camas casi copan el espacio, salvo por un hueco para un par de mesas contra la pared; en una de ellas está el potente equipo de música, y la otra la despejan para que coloque mi ordenador portátil. Hay ropa desperdigada, dentro de bolsas en el suelo, colgada de los travesaños que componen la estructura de la casa. El techo, de hojas de palma, esta infestado de ratones que suben y bajan por decenas, recorriendo los travesaños. Con su griterío y frenesí me quedo dormido.

* * *

A las cinco de la mañana, aún noche cerrada, una persona muy excitada sacude a los vecinos hablando por el alto parlante comunal algo acerca del Mundialito, siempre en shipibo. Mis compañeros de habitación se levantan; uno de ellos prende una vela, que ofrece una tenue claridad. En la habitación contigua Olga escucha en su grabadora guayno, música tradicional de la sierra peruana. Me pregunto si estará en ese momento planeando el día. Su capacidad de trabajo es asombrosa, tanto como su buen humor. Cuando Roger habla acerca de sus logros como hombre de negocios y chamán, nunca olvida unas palabras para ella: “Todo ha sido gracias a mi mujer, muy fuerte”. Olga es imponente: unos gemelos poderosos, un caminar erguido ligeramente echado hacia atrás (con aire de seguridad), un pelo negro muy largo que suele mantener recogido, ligero estrabismo,

panza considerable.

Al rato llega Roy sudoroso, con ropa deportiva. “¿Habéis entrenado?”, pregunto. “Sí, todos los chicos”. Se despoja de la ropa y va a lavarse en el barril, en calzoncillos, recogiendo el agua con un cuenco. También aparece Roger, que ha descansado en Suipino, como suele hacer cuando hay ceremonia. Poco a poco todos van acicalándose. Cuando está preparada, Olga se me acerca y dice que se van a Pucallpa, a comprar. Aprovecho para acordar con ella una cantidad semanal para mi manutención. “Lo que puedas”, dice. “No hay problema”, consiente Roger. Se van los dos muy arreglados. A los dos minutos, Roy, también impecable, les sigue: “Voy a chequear los partidos”, dice mientras se lleva los dedos índice y corazón de la mano derecha a los ojos. El equipo de san Francisco no debuta hasta mañana.

Elita, Karla y varios de sus primos y primas de distintas edades, se reúnen para ver *Anaconda 3*. Trata de una expedición científica que se desplaza a la selva amazónica en busca de una poderosa droga y se encuentra con un temible monstruo, dragón más que anaconda. La expedición se las ve con una tribu de indios blanquiñosos, de músculos flácidos, vestidos con taparrabos, y que hablan así: “Uh, uh, uh”. “Se puede aprender mucho de estas gentes”, dice el protagonista antes de atravesar con su cuchillo una araña peluda que desciende sobre la heroína. “Si esa araña te hubiera mordido habrías muerto en menos de cuatro horas”. ¿Sabrán Elita y Karla que esa película reproduce los estereotipos por los que millones de personas a lo largo y ancho del planeta reforzarán su visión de la Amazonia y sus habitantes, por tanto de ellas? La película les aburre a la media hora; la siguiente es de artes marciales aplicadas al fútbol, producida en China; y la tercera de Walt Disney, *Entrenando a papá*, protagonizada por Dwayne “La Roca” Johnson.

* * *

El día del debut de San Francisco el Instituto Pedagógico está muy concurrido y animado. Por el alto parlante suena una narración frenética del partido en juego. La familia de Olga se ha reunido al completo: hermanas, cuñados, hijos, hijas, sobrinos, sobrinas. La

mayoría residentes en San Francisco, pero también en el pueblo de Yarina, territorio mestizo. San Francisco se enfrenta en primera ronda al segundo equipo de Paoyhán. Me dirijo al lugar de calentamiento, una explanada que queda entre las casitas que bordean el terreno de juego y la cocha. Los de Paoyhán están corriendo en fila, serios y concentrados. Más relajados parecen los jugadores de San Francisco, que realizan ejercicios de estiramiento sentados en el suelo. Los vigentes campeones despiertan gran expectación; decenas de personas deambulan alrededor. Roy me saluda. “He estado viendo los partidos”. Y sentencia: “Vamos a ganar a todos”. Su suficiencia me produce risa.

Tras un calentamiento distendido, los jugadores se sientan entorno a Jayro Ramírez, uno de los dos directores técnicos de la selección, y tío de Roy, por estar casado con una hermana de Olga. Curiosamente, la mayor parte de la arenga es en español, tal vez porque el argot futbolístico no tiene traducción al shipibo. Primero da la alineación titular y luego recuerda la táctica. Todos asienten despreocupados, sin prestar atención. Roy hace el saludo surfero a mis fotos, y luego posa con su amigo Erly. Después de la arenga, los jugadores y el cuerpo técnico se apiñan en círculo y juntan sus manos sobre la cabeza de Jayro, que está en el centro, levemente agachado; es el conjuro final de sus energías.

Los equipos ingresan a la cancha jaleados por la afición, que abarrotta los márgenes del terreno. Aunque suscita una gran emoción entre los espectadores, el juego es muy impreciso y, para colmo, el jugador que defiende Roy adelanta al equipo contrario. Roy mira al suelo y se aprieta la nariz. Inmediatamente le sustituyen. Afortunadamente San Francisco empata el partido y en los lanzamientos de penales se clasifica para la siguiente ronda.

Me quedo a mirar más enfrentamientos, uno de ellos junto a Jayro Ramírez, el técnico de San Francisco y tío de Roy. Le pregunto cómo ve el torneo. “¡Fuerte!”, resopla con preocupación en el ceño fruncido. “Jugaron muy mal. No sé lo que les pasó a los muchachos”, confiesa contrito. El partido que presenciamos enfrenta a la comunidad natal de Jayro, Porvenir, con Santa Rosita. “¡Mete nomás, hombre!”, grita Jayro cuando el portero de Santa Rosita se adelanta a un jugador de Porvenir. “Éste tiene miedo de llegar ahí... ¡Eh! ¡Quince!”.

Jayro frunce el ceño, descontento con el extremo izquierdo del equipo de su pueblo natal.

Jayro tiene 48 años y llegó a San Francisco en penosas circunstancias, que más adelante contaré. Siento especial simpatía por él, por su bondad natural, es muy amigable y sencillo. Bien parecido, conserva un excelente estado físico que le permite echarse sus partidos de cuarentón. Tiene unas piernas delgadas y musculosas, ligeramente arqueadas. Le gusta reír. Chupa caramelos de menta, y siempre tiene uno en el bolsillo para ofrecerme. Tuvo cuatro hijas y a la quinta llegó el ansiado varón. ¡Cómo deseaba tener un medio centro defensivo! Su Elsi es un portento y llegará más lejos que el padre, al que no le fue nada mal en esto del fútbol, su gran pasión; así me cuenta mientras vemos como su Porvenir golea al equipo rival.

Jayro recuerda su infancia con nostalgia: una edad dorada. “La vida era muy bonita”. Yo quiero saber cómo era esa “vida bonita” del Jayro muchacho, quiero que concrete, que ponga imágenes de lo que ya sé: que hace cuatro décadas su selva no estaba moribunda, que era un lugar de “abundancia”. Sí: abundancia, mil veces hay que decirlo. Y con Jayro, por medio de su palabra generosa, de su innata capacidad para transmitir los sucesos, emociones y pensamientos de su juventud, me traslado en el tiempo y en el espacio. ¡Qué poder tiene la palabra! La de Jayro me saca una sonrisa y una mueca de incredulidad, me mantiene en vilo, sujeto a su dueño. Ojalá yo, por justicia con tan vibrante narrador sea capaz de conmoverte con el siguiente cuento, que construyo (en otro tiempo, en otro espacio) a partir de lo que Jayro me cuenta esta tarde, mientras un espectador furibundo critica una decisión arbitral: “¡Ahí no hay nada! ¡Arbitro! ¡Coimero! ¡Este arbitro es un coimero!”.

* * *

Allá por los primeros años setenta el niño Jayro se transformaba en el joven Jayro. ¡Y cómo le gustaba pescar al muchacho! Acompañado de sus amigos, bajo sol o lluvia, salía cuando la escuela lo permitía y pasaba horas y horas absorto en esta actividad. Aún no

podía lanzar la tarrafa¹⁶, y mucho menos picar paiche¹⁷, que tanto abundaba en la cocha de su pueblo, pero el anzuelo y la flecha ya no tenían secretos para él.

Si por la noche escuchaba a su padre decirle a la madre que al día siguiente habría de llevárselo a trabajar a la chacra¹⁸, Jayro tramaba su plan. Antes de que el resto de la familia se levantara, mucho antes del amanecer, Jayro agarraba su remo, sus aparejos, y silenciosamente se escabullía a satisfacer la que en el escalafón de sus preferencias juveniles constituía su segunda pasión: la pesca.

—¡Pucha! ¿Dónde está Jayro? —preguntaba el padre sorprendido cuando después de llamarle repetidamente miraba dentro de su mosquitero y comprobaba el vacío.

—Seguro que se ha ido a pescar —suspiraba la madre.

Otra vez había hecho lo mismo.

—Cuando venga le vamos a palear —sentenciaba el padre. Se armaban con una buena reprimenda, pero Jayro siempre regresaba con cantidad de pescado, que ablandaba los corazones de sus progenitores.

Porvenir era entonces un pequeño pueblo nativo de unas veinte casitas. Allá vivían los Ramírez y los Urquía (los dos apellidos de Jayro), también los Rojas, los Ruiz y los Sánchez. En décadas anteriores estas familias habían abandonado su dispersión seminómada para reunirse y fundar el pueblo, sedentaria concentración que exigía el Estado peruano para establecer una escuela. Desde entonces, los lazos familiares se habían estrechado, merced a alianzas matrimoniales que acabaron por emparentar a todos. La vida seguía siendo similar a la que habían vivido los abuelos más viejos. Las mujeres vestían con la ropa típica, los hombres sus *cushmas*¹⁹, y se reunían por las

¹⁶ **Tarrafa.** Red circular que al lanzarse se abre en el aire, y lastrada por una veintena de plomos que carga la cuerda del perímetro, cae hasta el fondo.

¹⁷ **Paiche.** *Arapaima gigas*. El pez gigante del río Amazonas, de carne grasa.

¹⁸ **Chacra.** Plantación familiar, básica en la alimentación local.

¹⁹ **Cushma.** Túnica de algodón, tejida y pintada artesanalmente, que cubría el cuerpo de los hombres completamente y les protegía de los zancudos.

noches frente a las casas, fumando su mapacho²⁰ y conversando hasta la medianoche.

En la cocha había tanto paiche que los hombres se iban y en un par de horas regresaban con el gran pescado.

–¡¡¡Vengan todos!!! –gritaban, y allá se llegaban todas las mujeres del pueblo a llevarse el pedazo obsequiado.

Horas más tarde volvía a resonar la voz del pescador:

–¡¡¡Vengan a comer ya!!! –y llegaban las mujeres con el pescado ya asado, en caldo, en patarasca²¹ o en mazamorra²². Todos lo compartían todo, hombres a un lado mujeres a otro, comiendo de un mismo plato, con cucharas de madera, con cáscaras de plátano, con las manos.

En ese disfrute del compartir, nadie imaginaba que unos años después ya no se llamaría:

–¡¡¡Vengan a comer ya!!!

Esos tiempos exuberantes se volverían estos tiempos de escasez, y la escuela fue el puente a la nueva conformación del mundo. Los niños asistían a las clases con temor reverencial. La mayoría descalzos pero todos con su uniforme de camisa blanca y pantalón gris. Jayro se lavaba el suyo todas las tardes y lo colgaba junto al fuego para que a la mañana siguiente estuviera bien seco. Si el uniforme estaba sucio: ¡paló! Por las noches había que estudiar, si en vez de eso les encontraban jugando: ¡paló! Si al día siguiente no presentaban bien la lección: ¡paló! Si en la escuela hablaban shipibo: ¡paló!

Los mestizos también aparecían en Porvenir en la forma de patronos: comerciantes, intermediarios con la sociedad industrial, que utilizaban a los indígenas en trabajos de extracción, pagándoles cantidades miserables, aprovechándose de la ignorancia de estos hom-

²⁰ **Mapacho.** Tabaco utilizado en la región, imprescindible herramienta de los chamanes shipibos. Las hojas se secan después de humedecerse ligeramente con aguardiente.

²¹ **Patarasca.** Comida regional: el pescado se asa dentro de una hoja de plátano.

²² **Mazamorra.** Comida regional a base de pescado desmigado y plátano rallado, en sopa.

bres sabios que no sabían hacer cuentas. El patrón para el que trabajaba el padre de Jayro se llamaba Lucho Arcentales. Tal vez, el día que Arcentales conoció al inquieto muchacho, maldijo la escuela y los profesores que con tanto rigor enseñaban a sumar, restar y leer. Lecciones sencillas pero ¡qué cambios tan notables indujeron!

Por aquel entonces el yute²³ era la apuesta gubernamental de turno para promover el desarrollo de los pueblos nativos. Otra ilusión. Una tarde en que su papá le estaba entregando fardos de yute al patrón, Jayro, al salir de la escuela, tuvo la idea de ir a controlar el pesaje y, por tanto, el pago. Una treintena de fardos ya habían sido pesados por el patrón.

—¿Cuánta plata te ha dado? —inquirió Jayro, súbitamente desconfiado.

Su padre le enseñó los billetes.

—¿Cuánto ha dicho el patrón que pesa cada fardo? —continuó con su pesquisa.

El padre le dijo la cantidad y Jayro hizo cuentas y se dio cuenta: estaban robando. “¡Robaban! ¡Vaya que sí robaban!”, sentenció para sí.

—Disculpe señor —le dijo al patrón, incapaz de ocultar su indignación—. Yo sé que tú estás robando a mi papá. Esos fardos pesan ochenta o noventa kilos y tú has pagado como si pesan veinte kilos. Vamos a pesar.

La acusación, pese al castellano titubeante, sonó dura en la voz aún fina del arrojado muchachito. El patrón enmudeció unos segundos.

—¡No, no, no! Eso ya está pesado —repuso, venciendo su inicial turbación.

—No señor. Tiene que pesar nuevamente. Yo sé que mi papá no ha estudiado, pero yo sí he estudiado. Tú no vas a mover esto mientras tú no lo peses.

La conversación atrajo la presencia de sus tíos y de sus compañeros de escuela. No era el niño el que hablaba, también su padre, sus amigos, y los padres de sus amigos a través de él. Era el nuevo

²³ **Yute.** Familia *Tiliaceae*. Planta cuyas fibras se usan en la elaboración de telas de costal y papel barato.

poder que ofrecía la escuela el que ahora ejercían.

Pesaron nuevamente cada fardo: setenta y dos, ochenta y tres... Luego hicieron las cuentas y lo de siempre se hizo evidente.

—¡No es así! —respondió el patrón a la cuenta de Jayro.

—¡Sí es así!

Y lo era: Jayro repasó la operación con el patrón, quien tuvo que convenir en aumentar el pago. En realidad restó la cuenta, la deuda con el patrón pasó a ser un poco menor. Así era antes: el patrón adelantaba plata, o herramientas, o ropa, o comida (sal, azúcar, arroz, fideo), y se creaba una deuda que difícilmente se saldaba: el trabajador quedaba enganchado, endeudado.

Cuando el patrón se hubo ido, el padre de Jayro no pudo evitar un halago y una promesa:

—Gracias hijo —dijo mientras caminaban para la casa—. Algún día vamos a salir de Porvenir y vamos a ir a Pucallpa. Allá te vamos a educar más.

Jayro no conoció la ciudad hasta poco después de aquel episodio, con motivo de un partido de fútbol que se celebró en Yarina, contra un equipo de mestizos. Entonces se tardaba un día en cubrir esa distancia en bote. Salieron por la mañana, durmieron en una playa del Ucayali y al día siguiente temprano entraron por el caño que conectaba la cocha de Yarina con el gran río.

El partido fue un desastre.

El equipo de Porvenir perdió y los jugadores recibieron severos golpes. Jugaban descalzos, sin canilleras, y los clavos de las botas de los mestizos causaron feos cortes. Su padre resultó lastimado. Gritaba de dolor mientras le curaban con limón las heridas sangrantes. A Jayro le estremecía la triste derrota y los gritos de su padre, pero éste le animó:

—La semana que viene van a venir a jugar a nuestro pueblo. Entonces ganaremos.

No lo he dicho hasta ahora, pero muy por encima de la pesca, la gran pasión de Jayro era el fútbol. Jayro se pasaba las tardes jugando en la escuela. Metía goles desde todas las posiciones y distancias, se escapaba con habilidad de los contrarios. “A mí no me agarran”, pensaba. Su padre era el capitán del equipo y su tío el presidente del club deportivo. Así se entiende que pasara la semana ansiando el domingo

de revancha. Los jugadores del equipo también tuvieron actividad extra, buscando carne y pescado para atender a los rivales. No era sólo un partido de fútbol, y desde luego era mucho más que una venganza deportiva: era una relación amistosa de dos grupos que se enfrentaban y, al hacerlo, se concertaban.

Llegó la mañana del sábado. El ronroneo lejano de un pekepeke anunció la llegada. Antes de que el bote pudiera divisarse en la cocha, un comité de bienvenida tomó posición a la orilla, junto a las casas del pueblo, bombos y flautas en ristre para agasajar a los mestizos. El bote de los yarinenses entró en la cocha y enfiló hacia las casas. Comenzó a sonar la música. Uno de los visitantes se puso de pie en la proa y enarboló una gran bandera de Perú, que hizo flamear. La pequeña muchedumbre de Porvenir estaba en la orilla flameando a su vez su propia bandera. ¡A ver quién era más peruano, carajo! La música y las banderas, la alegría de la gente. El bote, en vez de llegar directamente la orilla, dio otra vuelta más, para prolongar ese momento estético y político, esa alegría del encuentro-enfrentamiento.

Finalmente, los visitantes desembarcaron y fueron conducidos al local comunal. Los niños cargaban el equipaje sobre los hombros. Y tras el almuerzo, conversaciones y descansos, se llegó a las tres de la tarde, hora del partido.

Los integrantes del equipo de Porvenir ofrecían una estampa que a ti te podría parecer divertida. Ninguno calzaba el chimpún, es decir, las botas de fútbol; de hecho, casi todos jugaban descalzos. Es cierto que llevaban casaquillas del mismo color, pero los pantalones cortos dejaban qué desear. Por ejemplo, Abraham, el tío de Jayro, jugaba en calzoncillos, y como le quedaban un poco flojos no se podía excusar que en alguna ocasión...

—¡Calzón flojo! —le gritaban desde la banda—. ¡Se te salen las bolas!

Pero el partido no estaba para bromas y la hinchada se olvidó pronto del calzón flojo del tío Abraham. Jayro seguía atento las evoluciones del juego. En un lance, su padre recibió una fuerte patada que le dejó en el suelo unos segundos; trató de incorporarse nuevamente pero no pudo. Se retiró de la cancha y como no había más hombres disponibles el tío de Jayro, presidente del club y entrenador, tuvo una idea:

—Entra a jugar, Jayro —le dijo—. Hay que completar el equipo.

Y Jayro, que se atrevía con el patrón y con las tachuelas de los mestizos, se colocó en la delantera y deambuló buscando el gol. Los defensas no le prestaban mucha atención: si no había podido el padre... Pero Jayro no acusó ese menosprecio. Al contrario, se sentía muy seguro de sí mismo, y pensaba en sus entrañas: “Como me llegue la pelota... ¡a mí no me agarran!”. Ninguno de los dos equipos había perforado el arco rival hasta el momento en el que Jayro se hizo con una pelota en la frontal del área y con un tiro raso y ajustado al palo dio el primer gol al equipo anfitrión, para alegría de la hinchada e incredulidad de los de Yarina. Casi un niño. Pero la cosa no quedó ahí, porque unos minutos más tarde, llegó otra pelota desde el cielo y, así como caía, el pequeño Jayro la empalmó y la mandó para dentro ¡otra vez! ¿Será posible? ¿Será verdaderamente posible que ese niño hiciera los goles que se resistieron a los mayores?

¡Cómo lo celebró al final del partido! Llevado en volandas sobre los hombros de su padre, que no podía reprimir el orgullo de haber engendrado un campeón, el mejor de la escuela. Ése fue un día de gloria para Jayro.

Por la noche se celebró la fiesta en el local comunal. Había masato²⁴ y música, y se bailaba al son del bombo y la flauta, o de un tocadiscos. Aunque Jayro había sido el héroe del día no pudo participar en la celebración; ahí la edad era una limitación insalvable. Sin embargo, con sus primos se escabulló en la noche y se acercó al local para mirar. Veía a los hombres moviéndose con extrañas convulsiones alrededor de las mujeres, que correteaban rítmicamente de un lado para otro. Ellos vestían chalecos y pantalones bordados con diseños; ellas sus pampanillas más elegantes y sus blusas nuevas, con collares. Los mestizos también lucían sus mejores galas. Mirando estaba cuando sintió la llegada de un adulto, que se anunció con un amenazador ¿quién está ahí? Un encuentro con alguno de los mayores a esa hora y en esa tesitura podía significar un castigo considerable, y eso era algo a lo que el héroe del día no estaba dispuesto a exponerse, así es que salió corriendo en la negrura de la noche, en dirección a su

²⁴ **Masato.** Bebida alcohólica de graduación similar a la cerveza, producida a partir de la yuca.

casa. Entró, se resguardó en su mosquitero y antes de quedarse dormido, no pudo reprimir un pensamiento de satisfacción: “¡A mí no me agarran!”.

* * *

“¡Eso no era para patear así”, Jayro critica nuevamente al extremo izquierdo de Porvenir, con cierto enfado. Se vuelve hacia mí: “Así era la vida entonces, muy diferente. Ése era el principio de los shipibos. Bonito. Pero los shipibos ya no retroceden. Yo recuerdo eso pero yo veo otra cosa. Muy diferente cómo el tiempo pasó. Queremos retroceder a ese tiempo pero ya no podemos retroceder”. Hace un chasquido de desilusión. Le digo que me emociona imaginarme ese mundo. “Sí, tú tienes que escribir”, me anima, y no me pide plata, ni me sugiere que me voy a enriquecer con ello a su costa, lo cual agradezco. Jayro es generoso y antes de separarnos augura que mi libro va a ser muy bueno.

Me siento a escribir a la sombra del alero de una de las casas que rodean el campo de juego. Una joven en sus veinte años me interpele. “¿De dónde eres?”. Tiene rasgos indígenas pero aspecto de mestiza urbana, por el corte de pelo sofisticado, a lo egipcio, y por su desenvoltura. Es muy bonita. Habla castellano fluidamente, con acento regional. Me cuenta que sus papás son de Nueva Yarina, una comunidad shipiba en el río Ucayali, pero ella nació en Pucallpa. Le pregunto si habla el idioma, y su primer impulso es contestar que no, pero poco a poco va matizando, y acabo por pensar que lo domina, más que el castellano con el que no está del todo suelta. “Lo hablo, sólo que hay cosas que no entiendo y me da vergüenza”. Estudia segundo año de secretariado; le queda otro para terminar. Su papá se dedica a buscar a los mejores estudiantes de las comunidades y ayudarles a que prosigan sus estudios superiores. “Recibe ayudas de Alemania para esto mi papá”, explica. Yo trato de volver a mi cuaderno en varias ocasiones pero ella me pregunta una y otra vez: dónde vivo, con quién vivo, qué hago, de dónde soy...

Al rato se acerca Olga, que lanza una mirada inquisidora a la chica antes sentarse a mi lado. Me siento un sujeto codiciado. Luego llegan Elita, Karla y sus primas, que se sientan a un lado y a otro; mi

nueva amiga ya no me pregunta nada y se retira. Después se nos une Roy, con aspecto cansado, pese a que han pasado varias horas desde que terminó el partido. “Habéis sufrido, ¿eh?”. “Mucho calor”, resopla. Opino que no han jugado un buen partido. Él coincide: “Pero el próximo lo vamos a dar todo”.

En el bote de vuelta se sientan a mi lado cuatro quinceañeras, mironas y coquetas. Me preguntan dónde voy aunque el bote sólo tiene un destino, San Francisco. Una de ellas me sonrío repetidamente, viste minifalda y se acaba de comprar unos zapatos blancos de tacón, que se prueban todas; también lleva un bolso rosa. Lucen las uñas pintadas, adornadas por dibujos de estrellas. Bromean ruidosamente y chocan las manos como estrellas del rap. La que me mira, que va en la proa, recoge agua de la laguna con la mano y se echa sobre la cabeza hasta que su pelo está completamente mojado.

* * *

Es recomendable que el extranjero que llegue a una comunidad indígena se presente ante las autoridades, explique la razón y las condiciones de su estancia y, si puede, colabore económicamente con las arcas siempre maltrechas. En San Francisco, sin embargo, las cosas son diferentes porque se trata de una comunidad de dos mil personas, integrada con la ciudad de Pucallpa, de donde llegan decenas de visitantes cada día: algunos como parte de un pequeño tour organizado por la cocha; otros, jóvenes viajeros que vienen a tomar ayahuasca. Estos últimos se quedan más tiempo (algunos llegan a pasar meses en la comunidad, como los japoneses de Roger) pero ni unos ni otros se presentan ante las autoridades (cuyo poder a efectos reales es más bien exiguo). Esta desconsideración de los turistas ayahuasqueros es objeto de polémica entre los comuneros, que acusan a los chamanes (especialmente a Roger por ser el más próspero) de no querer compartir los beneficios que obtienen con su negocio, establecido en tierra comunal. También hay cierto resquemor hacia los investigadores como yo: se nos acusa de enriquecernos a costa del conocimiento indígena y no dejar nada a cambio. Ésa es la razón por la que le pido a Roger que me presente a las autoridades, para explicarles quién soy y pedirles su permiso para llevar a cabo mi trabajo.

La oportunidad se presenta en el Instituto Pedagógico, la mañana en que San Francisco va a jugar su segundo partido. Roger me presenta al presidente de la comunidad, que está desayunando en uno de los puestos de comida del recinto. Ronda los cuarenta años, entrado en carnes, con una sonrisa bonachona de labios gruesos, el pelo muy corto y una voz dulce, casi afeminada. En términos legales el presidente es un representante de la comunidad en las relaciones con el exterior; aunque se le conoce coloquialmente como “jefe” no le puede dar órdenes a otro comunero ni tomar unilateralmente decisiones que comprometan a la comunidad. Le explico la razón de mi visita. Me pide que espere, porque va a avisar al teniente gobernador, para que se lo cuente a los dos. “Hola, me llamo Manuel”, dice el teniente cuando llega, con una actitud más decidida y directa, casi áspera como el bigote corto del que presume, haciendo honor al contenido de su cargo: una especie de delegado policial del estado, encargado de velar por el orden intracomunitario. “Los estatutos dicen que todos los amigos extranjeros y nacionales que vienen se tienen que registrar y dejarnos el documento, por si pasa algo”, y tras una breve introducción va al grano y me pide una colaboración económica “para toda la comunidad, no para las autoridades”. Me habla de las necesidades de los jóvenes y de que si un viejito muere, todos los comuneros ponen un poco de su plata para comprar un ataúd. Entonces el jefe, que ha permanecido callado, matiza: “No es un monto total, lo que usted pueda”. “Sí, lo que usted pueda”, confirma el teniente gobernador. Los dos, cada uno en su registro, se muestran muy afables. Abro mi cartera, saco mis billetes, y se los alargo, agradeciéndoles su apoyo y amabilidad.

En la segunda jornada del campeonato San Francisco se enfrenta a Nueva Yarina, que se adelanta en el marcador. A mi querido Roy le sustituyen a los veinte minutos de la primera parte, y se retira apesadumbrado. El juego del equipo es malo y en el descanso, cuando los jugadores se marchan mohínos a la esquina de la cancha para recibir los consejos del cuerpo técnico, la hinchada, muy exaltada, les increpa. “¡Defiendan pues!”, gritan insistentemente.

En la reanudación, la incorporación de Erly, amigo de Roy, resulta decisiva para lograr el empate. Los penales deciden el encuentro: la victoria es de San Francisco.

Más tarde el cuerpo técnico reúne a los jugadores. Alrededor de ellos, formando un círculo, se amontona la hinchada: niños y niñas, ancianos, jóvenes, mujeres y hombres. El segundo entrenador, en la treintena, gesto adusto, felicita a los jugadores. “La hinchada es muy exigente, pero nosotros queremos que esté contenta”, dice refiriéndose a las críticas recibidas. “Hemos jugado al ataque. Nosotros sabemos lo que hacemos”, dice en voz alta, y no está muy claro si habla para los jugadores o para los vecinos de San Francisco que les rodean.

A Elí Sánchez, vicepresidente de la comisión organizadora del torneo le encuentro en una pequeña tribuna desde la que se radian los partidos. Tiene una nariz fina, y el pelo ralo. Ha pasado de cincuenta pero se adivina un torso atlético bajo su pelo oscuro. Al principio me escucha con reticencia. “Exactamente, ¿qué quieres investigar de los jóvenes?”, inquiriere. Le explico que no es un trabajo muy específico y que me dirijo a él porque en la inauguración me llamó la atención su idea de que el Mundialito era un nuevo tipo de *ani sheati*, distinto en la forma pero similar en el fondo. Asiente. “Aquí no sólo vienen futbolistas; vienen los abuelos y las mamás, los jóvenes ponen su plata para poder estar aquí”. Nos sentamos a conversar en una de las gradas, bajo un gran mango que nos protege del sol ardiente del mediodía.

Elí Sánchez se formó en los setenta como profesor bilingüe en estas mismas instalaciones, cuando gozaban de buena salud y el programa era dirigido por los misioneros estadounidenses del Instituto Lingüístico de Verano. “Nos hemos desprendido de la ideología misionera del Instituto y hemos aceptado que caímos en un paternalismo, en un dominio cultural que nos llevó a otro horizonte, al olvido de nuestras culturas, de nuestras prácticas artísticas y deportivas”. Su nombre shipibo es *Pakan Meni*, que significa Esplendor de Bambú. “Bambú es una planta de la Amazonia que a los shipibos nos ha servido como un material de guerra, no sólo para la guerra sino también para la caza de animales feroces, como el otorongo²⁵. También un instrumento con el que practicaban el corte de clítoris de la mujer”. Otra vez el elemento central del *ani sheati*: la ablación del clítoris, una costumbre excepcional en la Amazonia, desaparecida hace cincuenta

²⁵ **Otorongo.** *Panthera onça*. Jaguar.

años. Imagino que Elí ha comprobado el rechazo que la práctica suscita en extranjeros, porque cuando pregunto al respecto se pone a la defensiva. “Hay algunos aspectos que son muy intocables culturalmente, pero se tiene que decir que las señoritas tenían que pasar por la clitoridectomía y cortar el flequillo para que la sociedad la reconocza para una buena esposa, con responsabilidad, para matrimonio”. “¿Y por qué cree usted que les cortaban el clítoris?”. “No tenemos una explicación clara. Nos equivocaríamos, bueno, yo tendría mi propia hipótesis...”. Elí duda, y tarda un poco en continuar. “Ese acto de cercenar el órgano más importante formaba parte del espíritu de la mujer indígena para asumir todo lo que tenía que hacer en el futuro, le daba todo el poder, todo el espíritu”. Sin embargo, me habla de un alumno suyo, también shipibo, que hizo una monografía sobre el tema para su tesis de grado. “Cuando yo leía una versión de su propia abuelita, que pasó por este hecho cuando era niña, era una lectura muy golpeante en mi espíritu. ¡Caramba! Cómo es que, al margen de que uno quiera transformar a la mujer para que sea buena esposa, en ese proceso, el sufrimiento de carne por el que tenía que pasar la mujer, es mucha pena”.

Pero el *ani sheati* era mucho más que el corte del clítoris: demostraciones de fuerza, puntería y habilidad, borrachera general, baile y música, duelos a sangre entre maridos cornudos y sus burladores. El *ani sheati* constituía una forma de resolver conflictos, una oportunidad para acordar uniones matrimoniales y, en definitiva, un mecanismo para integrar a un pueblo disperso a lo largo de cientos de kilómetros de ribera.

El Mundialito también cumple con algunas de esas funciones y despliega en un nuevo escenario la competición de fuerza y habilidad, el encuentro. “Uno de los logros de este Mundialito es que un hombre que se había separado de su pareja, ha venido a reencontrarse. Hemos solucionado”, explica Elí. “Había aquí dos señores que conversaban de la agricultura, y mientras los demás gritaban gol, ellos a sus cosas: un lugar de encuentro. Para nosotros es una satisfacción que con las actividades que no son propias pero que ya hemos hecho nuestras, nos sirven también para confraternizarnos, como se hacía en los tiempos pasados”. Elí no llegó a este mundo a tiempo para

presenciar ningún *ami sheati*; lo que sabe le fue contado por sus mayores. Pero bien recuerda que allá por los sesenta ya se practicaba el fútbol. “En mi comunidad había una misión y era el misionero el que compraba la pelota. Mis tíos, mi abuelo, jugaban al fútbol, pero un fútbol... El que pateaba más fuerte era el mejor equipo aunque no haya goles”, ríe. Elí sintió desde pequeño una gran pasión por este deporte. A mediados de los años ochenta, siendo ya profesor de educación física en el Instituto Pedagógico, invitó al equipo de su comunidad natal, Callería, a que se desplazara hasta Yarina para jugar contra un equipo de profesores. Al siguiente año, dos equipos del Pedagógico se desplazaron a Callería. Así se sembró la semilla del Mundialito. Poco a poco más equipos fueron sumándose, y en el año 1992 se oficializó el campeonato bajo el nombre de Copa EBI (Educación Bilingüe Intercultural).

Por la noche, ya de vuelta a casa, encuentro a Roy tendido boca abajo en su cama, en pleno bajón anímico. Le pregunto si está triste sin recibir respuesta. Repito la pregunta. “Estoy cansado”, replica sin mirar, sin levantar la cabeza. Su hermano Daniel se burla: “Está triste”. Porque ha jugado mal y le han sustituido en el minuto veinte de la primera parte. “No estaba jugando en mi sitio. Yo soy defensa”, se lamenta. Entra su madre. “Ha jugado sin desayunar. Así no tiene fuerza. Un poquito de comida por lo menos”, dice Olga con sabiduría doméstica práctica. “No se puede jugar sin desayunar. Es muy importante”, coincide. Parece que a Roy le anima que hablemos del tema. “El que ha jugado bien ha sido tu amigo Erly”, señalo. Olga coincide: “Sí, Erly bueno. Tiene que ser titular, no reserva, tiene mucha fuerza”. “Y regatea bien”, completo. Me cuentan que Erly, que tiene los mismos años que Roy, ya está casado. “Y tiene hijos, y nietos...”, ríe su hermana Elita, que añade: “Viéndole Roy también quiere casar. Pero no debe hacer eso, ¿no?”, pues Roy también debe ser profesional. Tras la conversación Roy recupera un poco de energía, y su proverbial seguridad en la victoria: “Mañana vamos a ganar también”, se jacta, y alza el pulgar coronado por larga uña. Luego, quizás para armarse de valor ante la adversidad, se pone en el DVD Rambo y más tarde se inspira con unos documentales acerca de la vida y obra de grandes estrellas del fútbol mundial.

Yo me dedico a escribir en la habitación hasta que Roy me

llama: “Carlos, te busca mi abuelo”. Su “abuelo” (es un decir, todos son abuelos o tíos o primos) es Manuel, el teniente gobernador, con quien me he entrevistado por la mañana. Me pide que le acompañe a su casa y yo ya me imagino para qué. Su espacio doméstico está en una zona de la comunidad sin alumbrado, de reciente ocupación. Son dos casas, sin paredes y con techo de palma. Dentro de un mosquitero adivino la silueta de su mujer y a alguno de los más pequeños de los nueve hijos. Sin muchas ceremonias me explica que me ha traído aquí con un propósito determinado. “He preparado unas palabras”, dice con su voz áspera, extendiéndome un folio, pero la oscuridad impide la lectura. “Nosotros tenemos muchas necesidades”, comienza nervioso, apurado por tener que pedirle dinero a un extraño, creo. Me da unas explicaciones confusas acerca de una amiga francesa a la que han enviado unas artesanías que aún no ha pagado. Luego culmina: “Mi hijo estudia en la universidad y mañana termina el plazo para pagar la matrícula, si pudiera hacernos un préstamo”. Yo tengo la respuesta preparada. “Lo siento, no. Lo siento mucho, pero todo el mundo me pide plata y no puedo ayudar a todo el mundo. Tengo un presupuesto limitado”. El hombre se disculpa pero no cede: “Es sólo un préstamo, cuando cobre las telas se lo devuelvo”. Estoy por decirle que ya sé en qué consisten los “préstamos” aquí, pero prefiero pedir excusas. “Ésa es la razón por la que me he dirigido a las autoridades y la colaboración que hago es para todo el pueblo”. Y se acaba la conversación, de forma un tanto brusca porque no tiene otra cosa que decirme. Me voy y me cruzo con el hijo, alto y sonriente, cuya matrícula no he pagado.

* * *

En la tercera jornada del campeonato San Francisco afronta dos partidos. A Roy no le va muy bien en el primero: el equipo rival se adelanta con un gol del delantero que debe marcar. No está cuajando buenas actuaciones y temo que el hecho de que yo le esté siguiendo, preguntando, midiendo de alguna forma, puede afectar a su rendimiento, ponerle nervioso. Es una intuición tal vez infundada; una corazonada. Pero afortunadamente el error de Roy se subsana y el equipo logra pasar a la siguiente ronda.

El rival en la tarde es Paoyhán, los temibles tetracampeones, que han aplastado a todos los rivales con los que se han cruzado hasta el momento. Roy se muestra imperturbable: “Les vamos a ganar. Les hemos ganado siempre en los últimos partidos”. Pero yo no estoy tan seguro, hasta el momento San Francisco no ha demostrado mucha solidez. Y sin embargo, precisamente contra el rival más duro el equipo de San Francisco se crece y, después de empatar, vuelven a ganar en la suerte de los penales.

Y, lo que más me alegra: por fin Roy ha jugado a buen nivel.

De vuelta a la comunidad se respira ambiente de fiesta; y se oye. Por el alto parlante, el presidente del club de fútbol hace el parte del día, alternando el shipibo y el castellano. “Vamos a alentar nosotros hasta conseguir... Los vamos a acompañar a las diez de la mañana...”. Es una noche fresca; niños y niñas juegan en la calle anaranjada por el alumbrado público. El suelo está húmedo pero no tanto para ser barrizal. Camino con Roy desde su casa hasta el lugar en el que va a celebrarse la reunión que, como todas las noches desde que comenzó el campeonato, congrega a los jugadores y al cuerpo técnico.

“Ellos no quieren que nosotros campeemos”, dice el presidente por el alto parlante. Roy coincide en que su juego despierta mucha envidia en otras comunidades: “No quieren que campeemos. Nos dicen de todo. Un montón de palabras que nosotros no gustamos. Que somos creídos. En contra de nosotros está la mayoría. Pero a pesar de todo lo vamos a conseguir”. La voz de lata del presidente anima a los vecinos a ir mañana a animar para ver “un triunfo de todos”. Me contagio del entusiasmo general. Aunque al principio el campeonato me pareció un evento a estudiar, en la víspera de la última jornada yo también me siento un poco forofó. “Ha sido un muy buen partido hoy, a medida que ha avanzado el campeonato habéis mejorado”, comento. “Es que nosotros también cuando jugamos con los equipos menos fuertes, agarramos el ritmo de ellos también. Cuando presenta un equipo fuerte, agarramos un ritmo fuerte. Así somos. Es por eso la gente dice que somos como los brasileños”. Reímos con la comparación. Por el alto parlante se solicita colaboración económica, para que mañana los jugadores puedan tener su almuerzo y su refresco: “Un nuevo sol, Juanita Vázquez ha colaborado

con un nuevo sol. Así como Juanita, si tiene usted corazón colabore con la selección de San Francisco, para que esté en pie de triunfo. ¡Sigamos colaborando!”, intercala algunas frases en shipibo pero prevalece el castellano, lo que no es muy habitual. “Diez céntimos para agua, cinco soles, dos soles, un sol, o medio céntimo, no importa. Algo sirve”. Yo también me acerco y hago una pequeña aportación.

La reunión se celebra en la calle San Francisco, que es la principal no sólo porque es la más cercana a la cocha (paralela a ella), sino porque fue la primera calle que existió en el pueblo. Hoy alberga la iglesia evangélica más antigua (hay seis), el local comunal, el campo ferial donde se venden las artesanías a los turistas, un teléfono público, unas treinta casas, varias tiendas de productos básicos y, esta noche, la reunión. Pasamos por delante de la iglesia, donde cantan himnos, y nos sentamos junto a la casa de Jayro, el simpático entrenador y tío de Roy. Se han colocado cuatro bancos y varias sillas formando un cuadrado de cuatro o cinco metros de lado, en medio de la calle, donde muchas personas esperan a que comience la reunión. Sentado a la puerta de su casa se encuentra Jayro. Le felicito: “Enhorabuena, un buen partido hoy”. Jayro responde con aire distraído: “Sí, sí, claro, hoy han jugado mejor”. Yo coincido, entusiasmado: “Hoy han jugado un gran partido. Han jugado mucho mejor que Paoyhán, ¿eh? Han merecido ganar sin duda”. Jayro asiente serio, concentrado, como si estuviera anticipando cualquier contingencia de la jornada de mañana. “Mañana, Carlitos, último día ya”. “Lo sé. Emocionante”. “Mira, mañana jugamos con un equipo del Alto Ucayali²⁶: Dinamarca. Ya está programado, ya”. “Eso es semifinales, ¿no? Si ganan van a la final”. “Sí. Ganamos y esperamos al otro campeón. Vamos a campeonar”, sentencia confiado. “Vamos a ver, vamos a ver”, dudo con precaución.

²⁶ **Alto Ucayali.** Los shipibos distinguen tres zonas en el tramo de río Ucayali que ocupan. El Alto va desde el pueblo de Bolognesi hasta el área de influencia de Pucallpa, y está fundamentalmente ocupado por los conibos, que actualmente constituyen un único grupo junto a los shipibo (los shipibo-conibo). El Medio Ucayali corresponde al área de influencia de Pucallpa. Río abajo (al norte) se encuentra el Bajo Ucayali, territorio fundamentalmente shipibo.

Mientras comienza la reunión, aprovecho para interrogar a Jayro sobre su juventud. Me quedé con ganas de saber las razones por las que se vino a vivir a San Francisco. Y entonces me habla de las lluvias, del sufrimiento y la angustia de sus padres, y de...

* * *

El plátano²⁷. ¡Qué sustento! Plátano para desayunar, para comer, para cenar. Plátano asado, cocido, maduro, verde, en bebida, en rodajas, en sopa, triturado. El plátano: esa fundamental fuente de carbohidratos. Jayro no se imaginaba una fuente de carbohidratos cuando tomaba el chapo²⁸, la bebida shipiba por antonomasia, compañera de las comidas, agasajo del visitante. Lo que sabía por experiencia era que el plátano había que arrancárselo a la tierra con el sudor de la frente; he ahí la razón de ser de la chacra, un espacio robado al monte mediante la tala y la quema en el que sembraban el plátano suyo de cada día.

—Jayro, a bañar —interrumpió su sueño el padre varias horas antes del amanecer.

Jayro y sus hermanos, medio dormidos, dejaron el lecho calentito, el mosquitero salvador, y se bañaron durante unos minutos hasta que botaron su pereza. Luego se sentaron junto al fuego de la cocina, donde ya se preparaba el chapo. Pero antes:

—Muchachos vengan —otra vez la voz imperiosa del padre—. A botar toda la porquería de su estómago —y les entregó a cada uno un poderoso vomitivo, acompañado de grandes cantidades de agua; la sinfonía de arcadas comenzó en unos minutos—. Éste vomitivo es para trabajar bien en la chacra.

Una vez limpios por fuera y por dentro, botada su pereza, preparados sus ánimos, estuvieron listos para desayunar, agarrar el machete y salir hacia la chacra acompañando al padre, a desyerbar.

Como todos los vecinos del pueblo, la familia de Jayro tenía su platanal en la restinga, promontorio formado por la acumulación

²⁷ **Plátano.** *Musa sp.* Alimento fundamental en la dieta shipiba.

²⁸ **Chapo.** Bebida dulce a base de plátano maduro, que se cocina en agua, se machaca, se almacena y se mezcla con agua cuando se sirve.

de fértiles sedimentos arrastrados por el Ucayali desde los Andes. En Porvenir sólo se podía sembrar plátano ahí porque el resto del territorio era bajial y permanecía inundado varios meses al año. Había años en que, con las crecientes del invierno, la restinga se anegaba durante unos días, lo que resultaba idóneo, porque los sedimentos renovaban la fertilidad del suelo y la chacra permanecía productiva indefinidamente. Pero el plátano no aguantaba una inmersión larga y si esos días de inundación extraordinaria se prolongaban, ¡qué terrible paradoja!, los plátanos comenzaban a sufrir; si los días se convertían en semanas, la cosecha se perdía parcialmente; y si las semanas sumaban el mes la sombra alargada del hambre se cernía sobre el pueblo, sumergiéndolo en la más oscura pesadumbre. En el seno de la abundancia, los caprichos de las fuerzas inescrutables de la naturaleza abrían la trágica posibilidad de la desnutrición.

La última temporada de agua había sido dura: inundó, aunque no ahogó. Se perdió una parte de la cosecha pero quedó lo suficiente para pasar el año, aunque sin la acostumbrada prodigalidad.

Aquél era un típico día de inclemencia solar de principios del mes de junio. Durante un rato, los muchachos eliminaron las hierbas rebeldes e inútiles que chupaban sin permiso ni beneficio los nutrientes de la tierra. La chacra familiar era rectangular, de una hectárea. Los troncos de plátano estaban sembrados en filas paralelas, separados los ejemplares por tres metros; en los espacios intermedios triunfaban la yuca, la piña, la papaya y el maní.

El padre se dedicó a tumbar algunos plátanos viejos, a sembrar nuevos retoños y a cosechar varios racimos. Al mediodía devolvió a los muchachos a la casa con la cosecha y se quedó solo, emborrachado en su trabajo, atacado a veces por el sombrío temor a otra inundación como la del último año.

Pero Jayro era un muchacho, despreocupado y feliz (aunque no le gustara desyerbar), y en verano su contento se redoblabla: podía jugar al fútbol todos los días, caminar por el monte con sus amigos en busca de algún animal sobre el que probar la puntería con la balista²⁹ y, sobre todo, en el verano había mucha pesca.

²⁹ **Balista.** Arco para pesca, fabricado con corteza de pona (*Iriarte* sp.).

Junio era, además, tiempo de cultivo del arroz en los barrizales que la merma del caudal del río liberaba en las orillas del Ucayali, así es que cada día los hombres se subían antes del amanecer en sus canoas, cruzaban la cocha, salían al caño³⁰ y en un ratico llegaban al río, donde permanecían trabajando hasta la noche. Esos días, la responsabilidad del abastecimiento de pescado recaía sobre los muchachos. En una ocasión, Jayro salió a pescar solo, con su canoa. Cruzó la cocha, sensiblemente mermada. Detectó un movimiento excepcional en una zona de la otra orilla y se acercó a comprobar lo que ya creía. “¡Un corral de peces!”, observó entusiasmado.

Como el agua había bajado sensiblemente en muy poco tiempo, una masa hirviente de pescados había quedado confinada en una pequeña hondonada del terreno, conectada con la cocha sólo cuando el nivel del agua sobrepasaba el dique natural que las separaba. Jayro había oído a los mayores hablar de estos corrales pero nunca había visto tantos peces juntos como aquel día. Y no era cualquier pez sino doncella³¹, uno de sus preferidos. Había tal cantidad que Jayro decidió dar la vuelta, regresar al pueblo y avisar a otros muchachos para que fueran con sus canoas a cargar.

—¡Corral de peces! ¡Corral de peces! —anunció.

Y allá que fueron todos con gran algarabía. Los peces se revolvían unos sobre otros tratando de encontrar una salida que no existía. Concentrado y confinado el pescado pasaba desde su desafortunado encierro al fondo de las canoas; los muchachos sólo necesitaban las manos. Jayro tapizó su canoa y ¡con qué orgullo lo llevó a su mamá!

Entre la pesca, el fútbol y la actividad generalizada, pasó el verano y llegó, con su húmeda tenacidad, el tiempo de agua. Se anunciaba con ansiadas tormentas en los primeros días de octubre, después de unos meses donde lo raro era ver caer una gota del cielo. En noviembre se intensificaban las precipitaciones, y tras una tregua engañosa en diciembre, el cielo se descargaba con furia y sin ella, pero siempre con constancia, desde enero hasta abril.

³⁰ **Caño.** Canal menor que conecta la cocha con el río.

³¹ **Doncella.** Familia *Pimelodidae*.

Un día de febrero de 1973 el agua comenzó a cubrir silenciosamente el suelo firme sobre el que se levantaban las casas. Esto era habitual y esperado; los platanales en la restinga, a mayor altura, no se veían afectados. Como todos los años, Porvenir se convirtió en una pequeña Venecia. Estaban preparados: el piso de las casas quedaba medio metro por encima de la tierra y los hombres construyeron una plataforma elevada a base de cañabrava y palos, que recubrieron con varios centímetros de greda que hacía las veces de cocina. La gente se desplazaba en canoa; la escuela se hallaba en interrupción vacacional.

Pero la pesca exigía más tiempo de los hombres.

—Hay demasiada agua, cuesta mucho encontrar los peces, se esconden —solía decir su padre.

Una vez Jayro acompañó a su padre a pescar a la tahuampa, zona boscosa que quedaba indefectiblemente inundada cada año alrededor del pueblo. Saltaron cada uno a su canoa desde la casa sin paredes y avanzaron libremente en el laberinto verde. Su objetivo eran pacos, sábalos y gamitanas³², deliciosos y grandes pescados, comedores de pequeños frutos y semillas que encontraban en las tahuampas. Se adentraron en el bosque inundado buscando las presas por separado, manteniendo el contacto visual; cuando lo perdían, lo que sucedía frecuentemente debido a la gran cantidad de árboles y arbustos que se interponían, la referencia eran ligeros silbidos. Jayro, en la proa de su pequeña nave, con su balista armada, escrutaba con la mirada mientras se deslizaba en silencio, impulsándose con los troncos o ramas sobresalientes de la vegetación. Sólo se escuchaba el piar de los pájaros y el abigarrado sonido de una multitud de insectos. Primero picó un paco, luego un sábalo.

Jayro no se dio cuenta de cuánto tiempo llevaba sin comunicarse con su papá, pero cuando lo intentó y recibió el silencio por respuesta, se inquietó. Volvió a probar a silbar, esta vez más fuerte, pero fue inútil. Así es que gritó:

—¡Papá! ¿Dónde estás?

Nadie le respondió.

En ese momento su papá llegaba a la casa. Creía que Jayro

³² **Paco.** *Colossoma bidens*. **Sábalo.** *Brycon sp.* **Gamitana.** *Colossoma macropomum*.

había decidido regresar por su cuenta y cuál fue su sorpresa cuando no le halló allí.

Perdido y asustado, Jayro gritó y gritó cada vez con menos fe. Un pensamiento atravesó su mente: “No voy a salir nunca de aquí”. Y le arrebató la desesperación. El sol comenzaba a caer. La idea de pasar una noche en la tahuampa le inundó de pavor.

Al padre no le costó mucho encontrar a Jayro que, desmoralizado, había dejado ya de llamarle.

En febrero las lluvias continuaron cayendo, con fuerza y débilmente, en tormenta y en fina llovizna, por el día y por la noche. A mediados de mes el agua alcanzó el piso de las casas y los vecinos tuvieron que elevarlo medio metro adicional. En las dos semanas siguientes, el suelo de pona seguía subiendo y, con el suelo, la desesperación. Los platanales de todos los vecinos estaban ya sumergidos y muchas plantas comenzaban a marchitar.

Sólo un hecho aliviaba la pesadumbre de la pertinaz inundación: la carne. Si en la época de sequía, las zonas de agua quedaban reducidas y los pescados concentrados, en las grandes crecientes, los animales terrestres veían con desesperación como la tierra se iba reduciendo paulatinamente, y se tenían que concentrar en pequeños islotes. ¡Curiosa inversión!

Las culebras con los sajinos, las carachupas con los añujes³³, habitualmente independientes, se hacían extraños compañeros de refugio.

Una tarde de finales de febrero Jayro y su padre salieron a cazar. Comprobaron con turbación que nunca antes la creciente había cubierto zonas tan extensas del bosque aledaño. El corazón del muchacho se encogió con una estampa: desaparecidos los últimos reducidos de tierra, los animales escapaban del ahogamiento subidos en gruesos troncos caídos. Dos añujes, más hueso que carne, con las fuerzas justas para levantar la mirada y fijarla en los recién llegados, parecían estar...

³³ **Sajino.** *Tayasu tajacu*. Cerdo salvaje o pecarí. **Carachupa.** Familia *Dasyproctidae*, también conocido como armadillo. **Añuje.** *Dasyprocta agouti*. Roedor, conocido también como agutí. Los tres animales son apreciados por su carne.

—Mira papá, están abrazaditos —señaló Jayro señalando a una pareja de añujes—. ¡Qué tristeza! Están queriendo morir, qué flaquitos —Jayro estaba conmovido por la mirada inánime y los huesos.

—Hay que matarlos —le ordenó al muchacho.

Jayro dudó, sentía piedad por los animales.

—¡Mátalos ya y nos vamos! —repitió terminante el padre.

La carne no fue suficiente consuelo cuando las lluvias, a principios de marzo, obligaron a subir el emponado hasta el punto en que se hizo difícil caminar erguido en la casa. Eran momentos de angustia y sufrimiento. ¡El plátano! En el momento de máxima inundación, las restingas acumularon varias semanas inundadas y el temor se hizo muerte: la cosecha de plátanos se perdió completamente por primera vez en la corta historia de Porvenir. Una certeza se abrió en el corazón de los vecinos entristecidos: era tiempo de éxodo.

A medida que los plátanos caían podridos, la gente reunía sus escasas pertenencias y dejaba atrás su casa, su cocha y su tierra, buscando algún otro pueblo situado en altura, a salvo de las inundaciones, donde algún familiar o amigo estuviera dispuesto a acogerlos. En los pueblos de altura, aunque las chacras sólo duraban dos o tres años (porque no estaban sometidas a la inundación que renovara los nutrientes), la producción nunca corría peligro. La solidaridad no faltó y así fue como unos meses más tarde, el padre de Jayro solicitó tierra en la comunidad de San Francisco, donde la familia se estableció en 1974.

A su llegada, Jayro se puso a trabajar con el objetivo de ahorrar para iniciar sus estudios de secundaria. Por aquel entonces, el bosque todavía existía a lo largo de la carretera que unía Lima con Pucallpa y Jayro fue uno de los miles de trabajadores, indígenas y mestizos, que se pusieron al servicio de los patrones para arrasarlo. Durante ese año trabajó en desmontes a lo largo de la carretera, en el kilómetro 60, en el 17 y en el 40.

—A mí el trabajo no me hace correr, mi papá me ha enseñado a trabajar —se jactaba cuando los patrones dudaban de su capacidad para ese duro trabajo.

Roza, tala y quema de grandes extensiones: miles de especies animales y vegetales daban paso a las vacas y al pasto. La selva, ecosistema que se reproducía hasta el infinito, era sustituido por otro que

apenas aguantaba unos años; y después la desolación. Pero Jayro no pensaba más allá de sus necesidades: estudiar, comprar uniforme y cuaderno, ayudar a la mamá.

En aquel entonces, pese a la cercanía con Yarina y Pucallpa, San Francisco seguía siendo un pueblo eminentemente rural, de sólo dos calles. La carretera aún no había llegado, y mucho más le faltaba a la energía eléctrica. La gente no presentía en el exterior de las casas una amenaza por lo que la mayoría no usaba paredes. Las familias producían la mayor parte de su alimento, sembrando plátano y pescando en la cocha, que también ofrecía agua limpia pese a las más de cien mil personas de las ciudades cercanas.

El cambio seguía en marcha.

Si en 1943 la formación ideal de un joven shipibo pasaba por dietar con plantas aislado en el monte durante meses, aprender a picar el paiche o a cortarle el cuero cabelludo al enemigo en un enfrentamiento ritual, en la época de Jayro lo ideal era estudiar secundaria. Así es que finalmente a comienzos de 1975 se hizo realidad la promesa que hizo el papá y Jayro ingresó en un colegio de Pucallpa. El apoyo de José Ramírez a su hijo fue más bien de tipo moral, porque desde el primer momento Jayro tuvo que conseguir un trabajo de repartidor de cervezas, que apenas le daba para pagarse su cuarto y su comida. Trabajaba hasta las cinco de la tarde, se lavaba y se iba al colegio; allí nadie sabía que él era shipibo, excepto los pocos paisanos que también asistían ocultando su identidad. La vida era dura para ellos bajo la amenaza de la marginación y el insulto.

Jayro se ganó el respeto de sus compañeros con hermosos goles e imparables galopadas que le hicieron fijo en el seleccionado colegial. Pero el equipo de su colegio era mediocre y comenzó a jugar en equipos de la primera división local. Su talento no pasó desapercibido para unos ojeadores de Lima. Cuando Jayro hizo su visita mensual a los padres, en San Francisco, llevó la fabulosa noticia de que un equipo de la capital quería ficharle: sería jugador profesional.

—Es gente de dinero —explicó.

El padre no estaba convencido pero la madre inclinó la balanza con sus lloros. Ya había perdido un niño por la mordedura de una serpiente, allá en Porvenir, ¿qué peligros le acecharían en Lima?

No le dejaron. Tenían otros planes para el muchacho.

—Hijo, ¿sabes qué? —le contó su padre en otra ocasión—. Yo he hablado con el señor Bernardo y con la señora Mercedes. Ellos me dijeron que quieren entregar a su hija. ¿Qué te parece?

Jayro enmudeció. Había estado a punto de irse a Lima, a jugar fútbol profesionalmente, tenía por delante dos años para terminar la secundaria, se había acostumbrado a Pucallpa, soñaba con un buen trabajo. Y de golpe la realidad de su pueblo, las costumbres de sus abuelos, que le caían sin que nadie le preguntara.

—No malogres mi juventud, papá —lloró Jayro—. Quiero estudiar, quiero ser profesional.

—Pero no vas a dejar de estudiar. Te vamos a apoyar —zanjó el padre.

Su futura mujer se llamaba Zoila, tenía quince años. Jayro sabía quién era pero nunca había hablado con ella. La había visto, siempre con su *chitonti* negro y su *cotón* rojo, bordando como todas las señoritas, cargando plátano o recogiendo naranjas y limones del gran manchal de cítricos que entonces había en la comunidad. Era pequeña, de potentes piernas, que empleaba con habilidad para darle a la pelota y meter gol, pues también disfrutaba del fútbol, un consuelo, al menos.

Tras conocer la noticia, Jayro regresó a Pucallpa. En la intimidad de su humilde cuarto se entregó a angustiadas cavilaciones: “¿Me caso o no me caso? Cuando me reúna con la Zoila, ¿qué le voy a dar de comer? No sé si me gusta, ¿es que no estamos enamorados! No es como si te enamoras, vas a la casa, la llevas a pasear, la llevas a almorzar”.

Pero la rutina diaria le absorbió nuevamente.

En el colegio había otro muchacho de San Francisco, Elías, de un grado inferior. No era tan avisado como Jayro y no pudo evitar que le reconocieran como shipibo.

—¡Terco! —le decían.

—¡Burro!

—¡Chama!

En los recreos el apocado muchachito era blanco de burlas, insultos y empujones. Jayro le abordó una tarde.

—Amigo, ven. ¿Qué pasa? —preguntó en castellano.

—Yo no voy a estudiar —lloró Elías.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Esta gente no me quiere, se burla mucho de mí.

—Compadre, para que no te molesten esos huevones de muchachos, pégalos. Para que no te molesten, para que te respeten. Yo voy a estar a tu lado para defenderte.

Unos días más tarde, volvieron las burlas. Jayro estaba cerca y, con una mirada, le animó a que empleara los puños. Elías venció su apocamiento y se enfrentó a uno; los compañeros les hicieron un círculo, el mestizo recibió una buena. Cuando la pelea terminó, Jayro habló para todos, seguro de que nadie conocía su verdadera identidad:

—Miren compadres. Por favor no molesten a nuestro amigo, nuestro compañero de estudios. Acá no hemos venido a insultar ni a marginar a nuestros compañeros. Acá hemos venido a estudiar. Éste es un centro de educación; quien sea shipibo, quien sea mestizo, es una sola educación. Así es que de aquí en adelante no queremos. Si ustedes nuevamente hacen algo o insultan a mi compañero yo me voy al director a dar parte, para que les expulsen.

Pero las burlas y el desprecio no cesaron y Elías no pudo superar la situación. Decidió abandonar el colegio unas semanas más tarde. Volvió a San Francisco y se dedicó a la pesca.

Jayro no volvió a hablar con sus padres del matrimonio concertado. Tenía la esperanza de que hubieran cambiado de opinión o hubiera surgido un contratiempo. Pero en su siguiente visita a San Francisco, una noche mientras caminaba por la calle, vio venir de frente al teniente gobernador.

—Ven conmigo —conminó.

—¡Pucha! ¿Qué pasó? ¿Para qué me lleva?

—Nooo... Tranquilo. Hay una reunión especial para ti. No te vamos a hacer nada.

Cuando llegó a casa estaban esperándole sus padres, los padres de Zoila, algunos amigos... Y ella, levemente iluminada por la luz naranja de los lamparines de kerosene. Jayro estaba desconcertado, aturdido, Zoila también. ¿Habían intercambiado diez palabras en su vida?

—Jayro, ¿quieres a Zoila o no? —le preguntó el jefe de la comunidad sin más ceremonias.

Jayro estaba congelado, incapaz de articular palabra. Sintió

como Zoila se inclinaba hacia él con un plato de comida en las manos. El muchacho sabía lo que eso significaba y se debatía interiormente ante la impaciencia de todos. “¿Recibo o no recibo? Si recibo esa comida es que voy a aceptar. ¿Recibo o no recibo?”. Fueron unos segundos pero los sintió como siglos.

–¡Recibal ¡Reciba tonto! –murmuraban sus amigos empujándole hacia el plato.

–¡Ya pues! –aceptó Jayro.

Y comieron los dos del mismo plato: estaban casados.

Como era costumbre entre los suyos, aquella misma noche Jayro se trasladó a casa de la suegra. Su madre ya le había llevado el mosquitero y la ropa.

Jayro terminó su educación secundaria dos años después. En ese tiempo siguió viviendo en su cuarto alquilado de Pucallpa. Su mujer y su suegra le visitaban cada domingo para lavarle la ropa. Poco a poco se fueron conociendo y con el paso del tiempo cultivaron una afinidad que dio lugar a una de las familias mejor avenidas que he conocido jamás.

* * *

Antaño era habitual que los matrimonios se concertaran sin tener en cuenta la voluntad de los futuros cónyuges, incapaces de decidir por sí mismos: un muchacho y una señorita, niños en cuerpos adultos, ignorantes. Cuando pregunto a Jayro por sus primeros encuentros sexuales, reconoce: “Yo no sabía nada. Un día me doy cuenta de que mi señora estaba embarazada”. Los padres no aconsejaban sobre sexualidad. “Nada. Nunca nos hablaron de planificación familiar”. A Jayro y Zoila les fue muy bien: después de treinta años su relación sigue siendo sólida y muy satisfactoria para las partes, hijas e hijo inclusive. En esta familia todos sonríen y ríen mucho, y no parecen simular; ¿es eso una señal de felicidad? Zoila, que se ha unido a nosotros, está bordando una tela; de vez en cuando se ríe para decir: “*Bochikiash, bochikiash*”. Yo respondo: “*Nono nono shamané*”. A Zoila, que viste la vestimenta “típica”, le parece muy simpático que me haya aprendido canciones infantiles y siempre me lo recuerda. El dinero que gana con su artesanía es una fuente fundamental para la economía

familiar, más ahora que el hijo menor, Elsi, está estudiando en Lima educación física. De los quinientos soles que Jayro gana como auxiliar de enfermería en la posta médica de la comunidad (después de secundaria se hizo enfermero, ¡un gran éxito!), trescientos se los envía a su hijo quien, por cierto, según me cuenta su padre con gran orgullo, va a formar parte de la selección de fútbol de la universidad.

De la misma forma que Jayro nació y creció en otro pueblo y acabó viviendo en San Francisco, en casa de la suegra (así fue los primeros años, actualmente Zoila es la única de las hermanas que vive un poco apartada del Gran Espacio Matrilocal del que te he hablado), un porcentaje sustancial de los hombres del pueblo también viene de fuera. Muchos de ellos llegaron siguiendo a su mujer; otros (hombres, mujeres y familias enteras) llegaron atraídos por la cercanía a Pucallpa. De las veintiocho casas en las que he hecho censo, en la calle Túpac Amaru (donde residen mis anfitriones), hay veinticuatro hombres cabeza de familia, de los que diecisiete provienen de otras comunidades y siete son oriundos del pueblo, una proporción del 70.8 % de foráneos. En cambio las mujeres cabeza de familia son en total veintinueve (en dos casas hay dos mujeres adultas, madre e hija, en una casa falta la mujer), de las que sólo siete vienen de otro pueblo, es decir un 24.1 % de foráneas. Estas proporciones guardan relación con la costumbre de matrilocidad, en la que más adelante ahondaremos.

Y entonces llega el Mundialito y los hombres de origen dispar se reúnan entorno a la selección de San Francisco que aspira a campeón, para igualar a Paoyhán como la selección más laureada del mundo shipibo, con cuatro títulos. Por eso se han reunido cien personas en el centro de la calle San Francisco (ningún coche pasará en este invierno fangoso) o a las puertas de las casas, bajo la luz naranja cálida del alumbrado de la calle.

El presidente del club de fútbol se coloca en el centro del gentío y toma la palabra con mucha solemnidad. “Jugadores, pueblo entero, hoy día ha sido el partido más importante, más emocionante, porque Paoyhán no es cualquier equipo, Paoyhán es tetracampeón finalista. Una vez más San Francisco ha demostrado su fútbol, su estrategia, y hemos traído el triunfo para el orgullo de nuestro pueblo y la hinchada. Señores jugadores, yo pienso que ya estamos en la puerta... Si ganamos mañana el primer partido pasamos ya a la final.

¡A la final!”. El presidente se enardece, como todo el pueblo, que corre: “¡Vamos a ganar! ¡Vamos a ganar!”. Si San Francisco gana su semifinal, jugará unas horas más tarde la final. Su rival habrá tenido peor suerte porque tendrá que jugar dos partidos antes del decisivo, como consecuencia del incumplimiento de los horarios programados. Una ventaja desde el comienzo.

“Señores, ahora sí, la hinchada está contenta”, prosigue el entusiasta presidente. “El primer día hasta la directiva... regresamos todos preocupados porque nuestros jóvenes, el primer partido... no sé qué habrá pasado a nuestros jóvenes, no han demostrado su fútbol. Pero el segundo partido nos superamos y hoy día los muchachos sí que han demostrado lo que es fútbol de San Francisco. Nos consideran que somos de Brasil”. La gente ríe, emocionada por la comparación. “Señores. Creo que es el momento donde que estamos unidos el pueblo entero, y la población entera nos va a acompañar nuevamente”. En ese momento se gira hacia mí, que me he sentado en uno de los bancos. “El amigo que está aquí, todos los días está allá. Se ha identificado con el pueblo y merece un fuerte aplauso también para él”. Y recibo un aplauso que me sonroja y me hace sentir su agradecimiento, su aceptación. El presidente habla en castellano la mayor parte del tiempo, ¿es una concesión a mi presencia? Revela que hay varios ojeadores de equipos semiprofesionales que están buscando jugadores, y que los de San Francisco tienen bastantes posibilidades. Alaba a los dos técnicos y les responsabiliza del éxito. “La dupla de oro”. El presidente da entonces paso al jefe de la comunidad, que también está presente.

Lo primero que hace Hernán Monaluisa, jefe de la comunidad, es señalarme. “Yo también agradezco al amigo Carlos, buen amigo, que va a estar con nosotros aproximadamente dos meses”. Le interrumpe el presidente. “Un ratito. Nuestro amigo Carlos ha aportado doce nuevos soles para la selección. Merece aplauso”. Y me dan otro aplauso. El jefe continúa. “A los amigos que siempre vienen a visitar y se identifican con la comunidad... Pero algunos no son así; vienen y se meten por allá”, dice refiriéndose a los aprendices y aficionados a la ayahuasca del albergue de Roger. “No nos conversan”, se lamenta el presidente. Y el jefe: “Estos visitantes y amigos merecen estar en la comunidad, porque aportan con la comunidad. Bienvenido

a la comunidad”.

El jefe sí que se vale del shipibo. Entiendo algunas palabras sueltas y claramente cuando enervado exclama: “¡Vamos a campeonar! Estoy seguro de que vamos a campeonar”. Y todos repiten con total convicción. A mi lado escucho el análisis de unos muchachos. “Lo que pasa es que en San Francisco hay televisión, y en otras comunidades no hay. Y como hay televisión, pueden ver las técnicas de los mejores jugadores del mundo”.

Luego intervienen varios vecinos que simplemente quieren dar su opinión. A todos se les escucha con el mismo respeto. Lo niños corretean entre las bancas. Un grupo de perros comienza una encarnizada pelea; alguien agarra un palo y disuelve brutalmente el alboroto. El presidente se hace de nuevo con la palabra, y tras informar de que la final va a ser retransmitida por una emisora de radio (con lo que llegará a todas las comunidades) da paso a los directores técnicos que se muestran muy seguros de que el título caerá del lado de San Francisco. “Estoy seguro que mañana este triunfo se lo dedicamos al pueblo. Muchísimas gracias”.

La reunión concluye con el presidente pidiendo fuerza para los jugadores y se disuelve entre aplausos, alegría desbordada, risas cómplices y ladridos de perros.

* * *

La entusiástica voz comienza a perturbar el sueño de los vecinos antes de las cinco de la madrugada. “Señoras y señores, autoridades, comuneros”, y sigue hablando largo rato acerca del campeonato, de “colaboración”, etcétera. Daniel y Roy se han despabilado un poco antes que yo; me he quedado en la cama retozando y reflexionando. “¿No vas al partido?”, me pregunta Olga entrando en el dormitorio ante mi pereza. Salto de la cama y me preparo.

Ha amanecido nublado y al llegar a la cocha descubrimos (en esa amplitud de horizonte que brinda la planicie de agua) grandes nubes de oscuro algodón, a ras de selva y agua, preñadas de lluvia. A medida que surcamos la cocha en dirección al Instituto Pedagógico, se concreta la amenaza. Hacia donde nos dirigimos, una blanca cortina de agua une cocha y cielo. En unos minutos entramos en ella y

lo sentimos bien porque el techo del bote, compuesto por un plástico sobre tablillas de madera ligeramente separadas, no está bien impermeabilizado y pequeñas goteras comienzan a aparecer por doquier, mojando a los pasajeros aquí y allá, sorprendiendo el chorro a mamás con bebés, a jóvenes y viejos que, aunque tratan de no mojarse, reciben el agua con sentido del humor, ríen y se mofan unos de otros.

En el Instituto no hay prácticamente nadie. La intensa lluvia ha convertido, ahora más que nunca, la cancha en una piscina de barro. Cuando comienza el partido de San Francisco, la lluvia ya ha parado. Aunque persiste una fina capa de nubes, el fuego del sol va tímidamente abriendo el cielo para presenciar como San Francisco derrota a su rival y se clasifica para la final del campeonato.

En el calentamiento previo al partido que decidirá el torneo los jugadores de San Francisco se muestran tan relajados como siempre. Luego los jugadores saltan al terreno de juego con gran pompa y diversas circunstancias propias de una película de fútbol americano. El público abarrota el modesto estadio; en los graderíos no hay un asiento ni en los laterales un metro libre; tal vez se hayan congregado dos mil personas.

El partido es muy emocionante porque el rival se adelanta en el marcador y San Francisco no es capaz de igualarlo. A medida que pasan los minutos el nerviosismo cunde entre la hinchada. Dos mujeres gritan enfadadas: “¡Suelta la pelota!”. “¿¡Por qué no se apuran!?”. Cuando consiguen el empate y asumen el dominio del juego, la hinchada, contenta, grita: “¡Arroz con frejol, queremos otro gol!”.

Pero al término del período reglamentario no hay más goles. El campeón se decidirá en los penales y se decidirá, con gran emoción, a favor de San Francisco tetracampeón. La hinchada grita y jalea mientras lanza papelitos al aire, con los brazos arriba. Los jugadores de San Francisco corren desenfrenados a abrazar a su arquero, héroe de los penales. Alzan los brazos, se quitan las camisetas y las hacen ondear por encima de la cabeza al tiempo que corean: “¡Campeones! ¡Campeones!”. Los seguidores invaden el terreno de juego y se mezclan con los jugadores. El cuerpo técnico se abraza. Se derraman lágrimas. Se canta.

Poco a poco, la explosión se sosiega. Un periodista entrevista al presidente del club; alguien reparte helado entre los jugadores, que

están más calmados. La comisión organizadora prepara la entrega de trofeos. Los jugadores forman marcialmente frente a la mesa de autoridades, especialmente nutrida: hay altos cargos del gobierno regional, ingenieros, directores diversos. Yo no he visto a ninguno de éstos en todo el campeonato, pero ahora están ahí, atildados y dignos, protagonistas enhiestos, detrás de una mesa, sobre la que reposan los trofeos y premios.

El conductor de la ceremonia toma el micro. “Vamos a ponernos de pie para entonar las sagradas notas del himno nacional del Perú. En idioma shipibo, a la voz de tres. Uno, dos y tres”. El hombre desafina y no le siguen las autoridades ni los jugadores le siguen porque no se saben el himno en shipibo; cuando el micro falla se hace un silencio embarazoso.

El acto de clausura está muy bien organizado, pero no para honrar a los ganadores sino para que cada autoridad disfrute de su minutito, su discursito, su fotito; el fútbol y los jugadores han pasado a un segundo plano. Los oradores agradecen a Dios y reconocen mutuamente el “gran trabajo organizativo” o “el apoyo inestimable”. Y le dan un premio a Gilmer Soria, presidente de la comisión organizadora, y éste habla del deporte y de confraternizar, etc... A mí me pone de mal humor su falta de consideración con los verdaderos protagonistas, que ahora son espectadores: los campeones miran y esperan. Incluso después de entregarles la copa, se suceden los agradecimientos y los homenajes. Pero tanto discurso ha matado la emoción de la victoria. La gente, aburrida, comienza a desertar. Yo también; me siento en uno de los graderíos, al otro lado del terreno de juego. Un radiante sol naranja lo hace ver todo en colores brillantes, con esa intensidad que toman los días que han sido grises y tristes, de lluvia, hasta que el cielo se descarga y respira aliviado y limpio.

La ceremonia concluye, pero los jugadores de San Francisco permanecen agrupados, junto con el cuerpo técnico y algunos curiosos. Pasa el tiempo y advierto que algo extraño sucede. Los responsables de la selección de San Francisco se dirigen en actitud vehemente a un miembro de la comisión organizadora. Me acerco a curiosear. El presidente del club de fútbol muestra un rictus contraído, en tensión; hablan entre ellos en shipibo pero entiendo que se trata

de una cuestión monetaria: el premio en metálico es menor de lo estipulado en las bases. Hacen las cuentas una vez más: sesenta equipos pagaron ciento cuarenta soles para la apuesta, y la mitad debe ser para el vencedor, lo que significa un monto de cuatro mil doscientos soles, pero en el sobre que con tanta pompa y circunstancia se les ha entregado faltan mil soles. Están en corro, hay mucha excitación; voces femeninas y masculinas. La gente echa a caminar sin rumbo, nerviosa, en busca de algún responsable. “¡Repartición de efectivo!”, grita un hombre. En ese momento se conecta el gran equipo de sonido que se va a utilizar en el concierto de clausura y suena una tecnocumbia de moda: “*Me gusta sufrir me, gusta llorar*”. El presidente, con el gesto torcido y los ojos desorbitados, localiza al miembro de la comisión organizadora, se acerca a él y le interpela: “Al ganador le corresponde cuatro mil doscientos como primer puesto, pero sin embargo aquí hay tres mil doscientos”. El de la comisión replica algo de “una propuesta”. Jayro, por lo general tranquilo y bondadoso, le corta muy enfadado: “¡No, no, no! El cincuenta por ciento es para el campeón, ¿sí o no? ¡Están robando a la gente! Esa pobre gente que viene... ¡Están robando a los muchachos!”. El tono de Jayro es elevado, nervioso, su cara está congestionada: “¡Pobre gente humilde que viene ahí...! ¡Están robando!”.

Los ánimos están muy caldeados. La energía del pueblo campeón se está transformando en ira. El miembro de la comisión interceptado trata de alcanzar la salida del recinto. “Esto va a salir publicado, aquí está el señor periodista”, dice una señora de mí. “Pobre pueblo que viene haciendo su sacrificio, y carambas, acá nos roban. No es así pues”, dice un hombre. “Nos piensan que somos todos ignorantes”, grita una mujer agriamente. Suena altisonante otra cumbia en el equipo de sonido. Hay mucha confusión. “La selección de San Francisco es capaz de llevar esto a la policía”, dice otro señor. Y una señora: “¡Hay que devolver el dinero!”.

El presidente del club divisa a otro de los responsables de la organización dirigiéndose disimuladamente hacia la salida, y camina a su encuentro acompañado por jugadores, mujeres, hombres y niños. Alcanzan al hombre, le rodean y le piden explicaciones. “¡Hay que devolver el dinero!”. Aplausos. La gente se calienta, se envalentona. “¡Devuelvan el dinero! Todito el tiempo les estamos mirando, todito

el tiempo les escuchamos; no es en este año nada más que hacen esto”. El acorralado musita, disminuido, con voz apenas audible y cara de miedo, algo de “mañana”. Pero varias mujeres gritan: “¡Hoy día!”. “¡Queremos comisión, queremos comisión!”, piden las mujeres, vestidas con la indumentaria típica, exigiendo que se presente en el recinto la comisión organizadora. El miedo oscurece la cara del afligido rehén. En ese momento saco mi cámara y mi grabadora y me coloco junto al hombre. Me siento parte de San Francisco y me disgusta mucho esta infamia por debajo de tanta pompa, tanta autoridad, tanta palabra hueca.

Mirando el equipo de sonido, se me ocurre algo. Me acerco a donde están los técnicos y les pido que me dejen el micro. No hay problema. Proclamo: “¡Amigos, amigos, un anuncio!”. Mi voz llena el recinto. “Al equipo campeón San Francisco de Yarinacocha, se le han robado mil soles de la apuesta. No se les ha entregado la cantidad completa. Para que todo el mundo lo sepa, y para que todo el mundo haga algo para que ese dinero vaya a su dueño, San Francisco de Yarinacocha, campeón del Mundialito”. Cuando dejo el micro varias personas me saludan: “¡Buenaaa...!”. “Así es ¿no? No se puede permitir eso”, contesto, disgustado. Otra persona ha empuñado el micrófono, y hace una explicación más detallada del caso: “Éste es un reclamo público. La comisión central de esta edición del Mundialito no ha cumplido con el porcentaje de los premios destinados al primer lugar, segundo lugar y tercer lugar en efectivo. Por lo tanto queremos que se persone el director de esta institución en la cancha”. Así es que no sólo al campeón se le ha robado. Una tercera persona coge el micro, esta vez para leer las bases del campeonato en lo referente a premios.

Cuando regreso, el hombre de la comisión permanece rodeado, aterrado. Varias mujeres de edad, vestidas con su ropa típica, gritan nerviosas: “¡Hoy día! ¡Hoy mismo tienen que celebrar esa reunión!”. Y luego a coro: “¡Queremos solución! ¡Queremos solución! ¡Queremos solución!”, con aplausos y silbidos. El desgraciado de la organización que se ha quedado dentro del recinto no va a salir por el momento. “¡No te dejan salir, no te van a dejar salir! Esto es verdad”. Otro hombre: “Tienen que venir acá, hermano; no vamos a ir allá, tienen que venir acá”. Un niño llora. La cumbia suena: “*Y hoy*

te vas, te vas, te vas, pero sé que por algo me has de recordar...".

El corro se va desplazando hacia el otro lado del campo, donde se encuentra Elí Sánchez, el vicepresidente de la comisión con quien hablé del *ani sheati*. La tensión está aumentando y por primera vez hay contacto físico: una mujer toca por la espalda a Elí Sánchez, que se mesa el cabello nerviosamente cuando una mujer, desde la distancia, dice amenazadora: "Mírame a los ojos, mírame a los ojos", yo la miro y me da miedo. Elí me cae bien, pero está en el bando contrario; yo estoy con San Francisco y además soy "periodista internacional", así es que hago fotos y blandiendo mi grabadora le hago una entrevista intimidante; Elí está desconcertado. "Perdone Elí, ¿puedo hacerle un par de preguntas?". "Sí", le tiembla la voz. "Me gustaría saber si la reivindicación del equipo ganador y de los otros equipos es justa. ¿Deberían haber recibido más dinero?". La pregunta parece bien formulada pero Elí está muy asustado. "Casi no le entendí", balbucea. "¿Ellos están recibiendo el dinero que deberían haber recibido o están recibiendo menos?". "Es menos de lo que dicen las reglas", reconoce. "O sea, su reivindicación es justa en este caso, ¿no?". "Bueno...", comienza con el tono de quien lo va a poner en duda: "Como objetivo de la actividad están en nivel... Lo que falta es explicación. Entonces vamos a conversar". La gente me mira y grita "periodista internacional". Elí asegura haber llamado al presidente de la comisión organizadora, Gilmer Soria, cuya labor ha sido pomposamente reconocida en la ceremonia de entrega de premios y clausura. A los diez minutos aparece con su moto en el recinto, pasa de largo de donde están acorralados sus dos compañeros de andanzas aparca frente a su despacho y llama a los representantes de los tres equipos.

Unas doscientas personas esperan el desenlace de la reunión frente a las oficinas. Cada cierto tiempo sus ánimos se encrespan, se acercan a la ventana y silban e increpan. Las más activas son las mujeres; cuatro de ellas están haciendo guardia junto a la ventana. La mujer que le lanzó la mirada terrorífica a Elí me habla: "Tiene que haber una solución. Esto es a lo que estamos acostumbrados los shipibos. Es que el año pasado pasó lo mismo", cuenta sin perder el humor.

Después de media hora, el presidente del club de fútbol sale de la reunión con gesto grave. "¿Hay solución?", pregunto. Asiente

con cara de pocos amigos, inexpresivo, dirigiéndose hacia el puerto. “Vámonos”, dice. Y todos, jugadores y aficionados, niños y niñas, hombres y ancianas, nos dirigimos al puerto, donde tres botes esperan para devolvernos a San Francisco. No cabemos todos, unas treinta personas tendrán que esperar al siguiente viaje.

Estamos en los últimos minutos del día; el cielo está completamente despejado y ha adquirido un tono violáceo. Yo me subo al techo de uno de los botes y me deleito con el firmamento. El trofeo viaja también arriba, sujeto entre las piernas de un jugador, tumbado de espaldas como yo, pero más cansado y más contento.

San Francisco es tetracampeón.